



Escritor

Miguel Ángel
Sáez Gutiérrez

Zori

1ª Parte

Por

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez
(Novela Autobiográfica)

ISBN: 978-14-486-7404-6

Para mi familia

Os quiero como podéis
deducir de las páginas
de este libro

Índice

Página

Prólogo	1
1. Chico nuevo en la ciudad	9
2. Mis primeros amigos	22
3. Mi entorno	35
4. Torremolinos	48
5. Anjoros	61
6. Teide	74
7. In the army	87
8. Las franciscanas	100
9. La comunión	113
10. Guadarrama	126
11. Beso, morreo o revolcón	139
12. ¡Hasta siempre abuelo!	152
13. El tío playeras	165
14. A por uvas	178
15. ¡Qué sólo estás!	191
16. Sonia	204
17. Nuria	217
18. Esther	230
19. Disco	243
20. ¡Vaya lío!	256

Prólogo

¿Quién es Zori?

Zori fue la mujer que cambió el rumbo de mi vida, en realidad no solo ella, sino la sucesión de una serie de acontecimientos producidos en la época en que conocí a Zori, los que provocaron que mi vida cambiara de rumbo.

El día que la conocí, se presentó como Zornitza, me dijo que su nombre era el de una estrella, la estrella Zornitza. Yo no había oído hablar de aquella estrella, con los años supe que Zornitza venía de Zoria Outrenniaia que significa estrella de la mañana y además es el nombre de una diosa.

No sé si diosa o estrella, lo que sí es es que Zori significó un cambio en mi vida, como si una diosa hubiera bajado de las estrellas a la tierra para indicarme que me estaba equivocando de camino, que había aprendido a ser como la sociedad quería que fuera, que no era yo mismo, que mi amor propio se estaba difuminando, pronto advertí que no era yo quien vivía mi propia vida, sino un personaje modelado por la sociedad.

Para entender este cambio, creo que es adecuado hacer un retrato de ese acontecimiento en mi vida, del instante en que conocí a Zori. El objetivo que quiero lograr con este prólogo es que el lector sepa el significado de Zori, mi biografía y el modo que he elegido para estructurarla. Cada capítulo lo compone un año de mi vida, comenzando desde mis primeros recuerdos de infancia hasta cumplir los treinta y nueve, cuando inicié su escritura.

La idea de escribir mi biografía surge hace tiempo, pero entonces quizá me encontraba demasiado implicado emocionalmente con mi vida como para ser objetivo. Mi vida se compone de una serie de anécdotas, muchas de ellas increíbles, algunas parecen muy lejanas aunque no haya pasado mucho tiempo, como fue la pérdida de mi padre, otras quedan muy lejos, como la convivencia con los compañeros del colegio, anécdotas que tan solo aparecen en sueños, creía que habían desaparecido de mi memoria pero permanecen escondidas en mi cabeza y salen de vez en cuando, como me ocurre ahora mismo, recordando con detalle ese día en que conocí a Zori.

Abro los ojos, estoy en una habitación de hotel de no sé de qué lugar, ni tan siquiera sé quién soy yo, siento que las ideas salen de mi cabeza con torpeza, como si tuviera que ir apartando nubes para despejarlas. A pesar de estar algo aturdido y confuso, me siento bien, permanezco tumbado en la cama disfrutando de este estado en el que mi mente permanece vacía, me siento cómodo y no tengo ninguna prisa por espabilarme.

Abro la cortina y veo el mar, en milésimas de segundo me ubico y me percató de la situación, estoy de vacaciones en Tenerife, estoy solo, es una de esas muchas veces que he viajado a las islas para relajarme y hacer lo que más me gusta, ir a la playa a disfrutar un buen baño y del sol, nunca pude entender por qué demonios tuve que nacer en el interior si me gusta tanto el mar, podría ser que si me gusta tanto, es por haber nacido en el interior.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Me bajo a desayunar, el hotel es muy elegante, se acerca una camarera y me habla en alemán, se me debe poner cara de póker porque cambia repentinamente de idioma al inglés, ahora se me debe haber puesto cara de besugo porque finalmente decide hablarme en castellano:

Miguel: Ah, buenos días, discúlpeme, es me acabo de levantar, ¿cómo dice?

Camarera: Buenos días, caballero, para desayunar debe servirse usted mismo, es buffet libre.

Miguel: Ah, muchas gracias, señorita.

Me encanta comer de buffet, cuando vengo a Canarias suelo desayunar algo fuerte y así puedo aprovechar mejor el día, la siguiente comida suelo hacerla sobre las cinco de la tarde. Los hoteles en Canarias dan esta opción, tal vez adaptándose al turismo mayoritario de alemanes e ingleses.

Antes de salir a caminar por la playa me doy protección solar y me pongo mi gorra para protegerme la cabeza de los rayos solares. Cuando me he cansado de andar, una horita más o menos, deposito mi toalla sobre la arena, me pongo las gafas de bucear y me lanzo al agua. El agua de las Islas Canarias suele estar algo fría, es por ello que me remejo la cabeza y de este modo la impresión que me produce el cambio de temperatura es menor.

Mientras buceo, pasa como un rayo por mi cabeza una anécdota vivida en la isla de la Palma, recordé cómo, mientras buceaba, divisé una masa de roca volcánica, al acercarme pude comprobar que eran unos pececillos que permanecían inmóviles, como si estuvieran dormidos.

Me acerqué y cuando estaba justo debajo de ellos, pude verlos bien, eran tiburones de unos treinta centímetros de largo. Resultaba simpático verlos desde abajo porque parecían sonreírme mientras les observaba.

En ese momento pensé que quizá pudiera haber cerca otros hermanitos de mayor tamaño o tal vez mamá o papá tiburón, este temor, unido a que ya empezaba a quedarme sin aire, me llevó a salir de inmediato del agua.

No quise alertar a los bañistas de lo que acababa de ser testigo, nunca he oído hablar de ataques de tiburones a bañistas en las islas, si acaso tímidamente he oído hablar de alguna desaparición, no se suele airear mucho este tipo de rumores porque, siendo el turismo el principal ingreso para los canarios, no conviene extender rumores de dicha índole. Pensé que no había razones de peso para sembrar el pánico.

Además, mientras recogía, pensé en que los tiburones no son mamíferos, son peces y no había motivo alguno para pensar que la mamá tiburón pudiera encontrarse cerca.

Como dije antes, la anécdota de los tiburoncillos pasó por mi cabeza muy rápido, es lo bueno que tiene nuestra mente, somos capaces de pensar más rápido que escribimos, de no ser así, es indudable que me hubiera ahogado.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Al salir del agua, estando mi mente ya de regreso en la playa de Tenerife, me sequé con la toalla y miré hacia mi alrededor, había mucha gente de pelo rubio con la piel enrojecida, había entre ellos un rubito muy pequeño que no tendría más de dos años, comenzó a dirigir a sus padres cual general alemán Gustav Winter dirigía sus tropas (el general, también llamado Don Gustavo, fue gran amigo de las islas como yo). Resultaba sorprendente y divertido ver con la soltura que el pequeño daba órdenes, no sería de extrañar que en un futuro no muy lejano dirigiese una importante compañía.

En la orilla observé un efecto científicamente imposible, pero lo vi, era un señor de pelo rubio con la piel abrasada por el sol que aullaba, Oh my god! (vaya, que le dolía) mientras se metía en el agua. El hecho es que según se iba metiendo, despedía vapor del agua de su rojo cuerpo como cuando se moja un hierro candente. Es impensable creer que su piel pudiera llegar a la temperatura del hierro fundido, pero ciertamente el efecto que pude ver era similar. He de confesarles que en ocasiones he llegado a vivir situaciones tan inverosímiles que llevo a creer son fruto de mi imaginación.

Rodeado por cangrejos de pelo rubio, generales de medio metro y sin entender absolutamente nada de lo que escuchaba a mi alrededor, era feliz. Quizá mi felicidad se debía a mi extraordinaria capacidad de sentirme bien cuando mi única compañía son mis pensamientos.

La imaginación es un don muy preciado que debe tratar de preservarse. Alguna alguien me preguntó ¿por qué te vas solo de vacaciones a Canarias?, tal vez en buena compañía podría haber disfrutado más, pero surgió así y guardo unos recuerdos muy gratos de mis viajes.

Las peores vacaciones que recuerdo fueron las de Canadá y las de Noruega, fueron en compañía de gente con la que era imposible cualquier tipo de convivencia, de caracteres totalmente incompatibles al mío, por suerte, desde las vacaciones de Noruega, no he vuelto a saber de ellos.

Sí, es cierto, el fantasma de la soledad me visitaba, tenía mis ataques de soledad de vez en cuando, es lo que tiene ir solo. Pensaba en ello mientras permanecía tumbado tomando el sol, algo triste por mi incomprensible soledad, con lo majo que soy yo, ¡hombre! , cuando vi una mujer morena.

Pasa a menudo, que cuando crees que eres único entre un millón, el único de piel morena y pelo negro a muchas millas a la redonda, aparece lo que menos te esperas, una mujer de piel morena con el pelo teñido de rojo. Llenábamos la playa los cangrejos de pelo rubio, el pequeño general, la morena, sus padres y yo.

No es mi primer encuentro con una morena en el mar, en una ocasión iba nadando por la playa de Mazarrón (Murcia) con un amigo, de repente, entre el agua cristalina, pude ver con total claridad una morena debajo del agua mirándome fijamente. En esta ocasión, aquella morena era de las de comer, ¡vaya un pedazo de pez para echarlo a la plancha!, pude zafarme con facilidad de sus afilados dientes, fue tan sencillo como subirme a unas rocas y respetar su territorio.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Este pez como gran parte de los animales no ataca si no le provocas, si no te metes en su territorio y no se siente en peligro no ataca. Nadé rápido hacia unas rocas y por suerte para mí, no me atacó, aunque he de admitir que logró asustarme.

La mujer morena de Tenerife, parecía dulce e inofensiva, no me mordió pero sí me trajo algún que otro problemilla más adelante. Aunque estos problemillas, como casi todos, se solucionaron y además me dio una enorme satisfacción personal lograr lo que parecía en principio imposible, solucionarlos. Esta morena, no el pez, si no la mujer, no era otra que Zori, no hubiera adivinado su procedencia aunque sí advertía en ella una belleza helénica, como si se tratara de una diosa del Olimpo.

Me tumbé al sol un ratito para secarme y me olvidé por un momento de todo lo que me rodeaba, disfruté del calor del sol sobre mi piel aún fresca por el contacto con el océano Atlántico. Después de un rato me levanté para irme, cuando me levanté ya se habían ido la mujer morena y sus padres, tampoco estaba el pequeño general, tan solo quedábamos unos pocos cangrejos de pelo rubio y yo.

Caminé desde la Playa de los Cristianos hasta la Playa de las Américas, pasé el resto del día paseando y parando de vez en cuando para nadar y refrescarme. Al llegar al hotel cené sobre las cinco de la tarde y me fui a la habitación, me encontraba algo cansado, me duché y me eché una buena siesta.

Al despertar, debía ser la una de la madrugada, me duché y salí a bailar salsa. En la Playa de las Américas hay dos ambientes diferenciados, el de los turistas y el de los isleños. Yo opté por la discoteca de los isleños porque el tipo de música que ponían me gustaba más, ponían música latina.

La camarera de una discoteca me dijo que más tarde habría una demostración de unos cubanos para promocionar clases de baile de salsa, al dar comienzo me dirigí hacia el escenario, me crucé con un joven cantante español, una nueva estrella que hoy es de reconocida fama mundial.

El día que vi por primera vez a este cantante en televisión pensé que tenía posibilidades de tener éxito, combinaba su buena voz con mucha energía y desenvoltura encima del escenario, era de los que se dejan la piel.

Se le veía feliz y a gusto en el escenario, algo que considero es primordial para tener éxito porque contagia su alegría al público, el programa de televisión donde le vi nació también ese mismo año, en él se formaban nuevas estrellas, programa de gran audiencia que aún se sigue emitiendo.

Al llegar al escenario busqué un buen sitio para no perder detalle, el presentador pidió un fuerte aplauso del público para una cantante que se encontraba entre nosotros, precisamente justo a mi lado, no era otra que la novia del joven cantante con el que me había cruzado minutos antes, nueva estrella también descubierta en el mismo programa de televisión, en ese momento deseé que ambos se animasen a intervenir en la demostración.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

La chica en persona era algo más baja de lo que parecía en televisión, se acercó al presentador para pedirle si le permitían poder participar en la demostración bailando, pero la organización del evento no lo consideró oportuno, tal vez sí hubieran aceptado de haberse ofrecido para cantar.

La demostración me gustó tanto que desde entonces he hecho varios intentos para aprender a bailar flamenco, bailes de salón y salsa. Reconozco que no tengo facilidad innata para el baile aunque me gustó tanto la demostración que aún hoy en día sigo intentándolo yendo a clases de salsa.

Mi interés por la música viene de niño aunque apenas he logrado componer un par de canciones, he dedicado menos tiempo a la música del que hubiera deseado pero nunca he abandonado, aún sigo tocando la guitarra y bailando. Lo que más me gusta de la música es disfrutar de ella tranquilamente en casa, no soy muy amigo de salir en escenarios.

He estado sobre un escenario en contadas ocasiones, la primera tenía fue en el colegio con ocho años acompañado de mi amigo Pedrito, por problemas técnicos no funcionaron los micrófonos. Gustó mucho a los que estaban en las primeras filas pero se oían más los abucheos de los de las filas traseras.

La segunda vez que actué también fue en el colegio por navidad, esta vez solo para mi clase presentando mi primera composición que decía algo así:

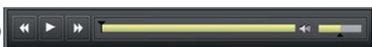
MI PRIMERA COMPOSICIÓN

JESUS MUY PRONTO VA A LLEGAR LA NAVIDAD

SE ACERCA RAZON DE MÁS PARA SER FELIZ AYUDANDO A LOS

DEMÁS

Escuche esta melodía (en eBook)



Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

La tercera vez que actué ya era el yupie rumbero (persona entre 20 y 35 años con un nivel adquisitivo alto al que le gusta tocar la rumba), actué en la ceremonia de jubilación de mi madre, en esta ocasión lo preparé bastante y debió gustar aunque mi me pareció que lo podía haber hecho mejor si no me hubiera entrado el miedo escénico.

Mi cuarta actuación fue en una fiesta navideña multicultural, me tocó representar a España en un centro de refugiados políticos que hay en Vallecas, lo mejor fue la cena en la que había un buen surtido de comidas de muchos países, participamos en la fiesta varios amigos que nos conocimos en un curso para emprendedores invitados por María Cristina, una de las participantes del curso que residía en dicho centro de refugiados.

Uno de estos amigos, José Monje (que se llama como el Camarón), fue una de las personas que me he conocido que me gustaría volver a encontrarme, amigos de los que para contarlos me sobran los dedos de una mano, al igual que Luis, aquel con quien nadaba mientras nos sorprendió una morena por aguas de Mazarrón. Muy especial mi gratitud a la señora Sole, madre de José, que nos invitó a cenar una noche a María Cristina y a mí.

Mi quinta actuación fue en un homenaje para los familiares de víctimas del atentado del 11 de Marzo en Madrid, se celebró en un centro cultural por el barrio de Usera donde curiosamente habitan dos avestruces, fue todo un éxito, no por la afluencia de público sino porque los asistentes se divirtieron.

Pero no nos descentremos, estando en la discoteca de Tenerife volví a ver a Zori, nos presentamos, hablamos, nos conocimos, bebimos, bailamos, surgió una bella amistad entre nosotros. No recuerdo si llegué a estar enamorado de ella, tal vez, lo que ahora sí tengo claro, es que no era la mujer de mi vida.

El tópico de “mujer de mi vida” o “hombre de mi vida”, lo comencé a escuchar de boca de una chica con la que salí un año antes de conocer a Zori, me repetía mucho que yo era el hombre de su vida y que jamás me iba a dejar escapar. Todo mentira, pronto dejé de interesarle y se deshizo de mí.

Después de aquellas vacaciones me despedí de Zori con alegría, como te despedes de un amigo después de una juerga cuando le dices, hasta la próxima. De tener que elegir dos capítulos de mi vida elijo Zori, corazón de la obra y Maestro, último capítulo, ambos pertenecientes a Zori 2ª Parte.

Maestro está dedicado a mi mayor ídolo que ya no se encuentra entre los vivos, pero con el que cada mañana al levantar me comunico, le cuento mis problemas y mis logros. Aquel que sin decir nada, me alienta y me da fuerzas para continuar cuando todo va mal.

Cuando pienso en él, recuerdo la letra de la canción “You’ve got a friend” (tienes un amigo). Solo que a diferencia de los mortales, este amigo es para siempre. A ti te dedico este libro, para ti, mi mejor amigo, aquel en quien confíé mientras vivía y en quien confío cada nuevo día, mi padre, aquel que desde el cielo me guía y es testigo de cada frase que he escrito, ese que me anima día a día a continuar trabajando en mis nuevos proyectos.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Es Maestro el capítulo de mi vida en el que nos dejó, un tres de marzo del 2008 se marchó don Santiago, el médico del barrio. Ayer mismo estuve en el mismo lugar en el que me despedí de mi padre, despidiendo a mi tío Alejandro, uno del Real Madrid, otro del Atlético de Madrid, de ideas diferentes, de equipos distintos, pero con un mismo fondo, el amor y respeto a su familia.

Es tanta la admiración que siento por mi maestro, tan bueno su ejemplo, tanto lo que he aprendido de él, que ahora, en su silencio, se echan en falta aquellas lecciones de la vida, aquellos dichos populares, su palabra perfecta en el momento adecuado. Incluso sus canciones de cuna permanecen en un lugar de mi mente para toda la vida.

Cuando el sepulturero me preguntó la frase que quisiera querer dejar en su lápida, poniéndome como ejemplo algo típico, como pudiera ser, “los tuyos no te olvidan”, me vinieron como un rayo a la mente todas sus obras, esas vivencias que quedan perennes en la mente, su sabiduría y sus lecciones, entonces le dije sin dudar que desearía que quedase inscrito en su lápida:

“Tus obras están con nosotros y tú desde el cielo lo verás”

Son muchas las veces que había oído describir lo desgarrador que puede llegar a ser la marcha de un familiar. Escritores como Jorge Manrique en las coplas por la muerte de su padre o Miguel Hernández en su elegía a Ramón Sijé quisieron inmortalizar un sentimiento tan difícil de expresar.

Años antes de que mi padre nos diera su “hasta pronto”, había hablado de la muerte con un buen amigo, mi profesor de música, el que me enseñó todo lo que se de flamenco. El me describía su experiencia tras la muerte de un hermano suyo, al que tenía devoción, me contaba que sintió un enorme vacío, era como si le hubieran quitado una parte de su ser.

En otra ocasión, Don Quijote (personaje de andanzas que junto a Rocinante aparecerán con frecuencia en “Zori 2ª Parte”), me describió que cuando se produjo la muerte de su padre sintió como si le hubieran arrancado un pedazo suyo, como si un oso hubiera hincado una zarpa sobre su pecho y le hubiera arrancado gran parte de él, sintió un enorme vacío.

Yo no puedo deciros que mi sentimiento ante la marcha de mi padre fuera como se ha descrito tantas veces, ya sea Jorge Manrique o Miguel Hernández como mi profesor de música o mi amigo Don Quijote, creo que todos ellos sintieron algo parecido, un enorme dolor por la pérdida de alguien cercano, un deseo de poder recuperar el tiempo, quizá quedó pendiente algo por vivir o por decir.

Ahora que se aproxima la primera navidad desde que se marchó mi padre, es inevitable que me invada el sentimiento de tristeza, imagino mi primer día de Navidad y mi primer año nuevo lejos de él y se me mojan los ojos. Cada vez que esto me ocurre, oigo una voz interior que me grita, hijo mío, recuerda las enseñanzas que te transmití, un día nos reencontraremos al igual que yo lo he hecho con los que se marcharon a lo largo de mi vida.

Mi sentimiento no ha sido el de una pérdida, sino el de una despedida de igual modo que un emigrante se despide de su familia, no necesariamente ha de ser un adiós definitivo. No puedo decir que sienta una fe ciega en la religión que me enseñaron en el colegio, cada vez que me repetían que Dios es el padre y el resto somos sus hijos, me pregunto qué clase de padre permitiría el hambre, las guerras o cualquier tipo de injusticia si estuviera en sus manos poder evitarlas.

Mi fe no es ciega, mi padre era creyente, fueron muchas las veces que pusimos sobre la mesa nuestra particular manera de entender la fe. Nunca llegué a sentir esa fe incondicional que él tenía, pero si bien es cierto que siempre que hablaba con él, en muchos aspectos sentía que él llevaba la razón, aunque no se lo dijera, su conversación me aclaraba muchas dudas.

Sí tengo fe absoluta en ese reencuentro del que mi padre me hablaba, donde también volvería a ver a mi abuelo, mi otro gran maestro. Tuve conocimiento de esta división familiar por primera vez cuando mi abuelo se marchó, allá por los años ochenta, desde aquel día quise creer que la cruda realidad tan solo fuese un sueño, despertar y volver a tener a mi abuelo cerca, tal vez desde entonces comencé a valorar mi otra realidad, el mundo de los sueños.

El momento en que yo marche, será un día de tristeza para los que quedan y un día de júbilo y gozo para los que me esperan. Que este milagro sea debido a la existencia de Dios no es un tema que me inquiete, imagino que habrá una fuerza sobrenatural o que simplemente ignoremos a día de hoy los humanos.

¿Creo en Dios?, sí, creo en alguien al que yo llamo Dios desde que era un niño, acostumbro a hablar con él cuando estoy solo, cuando reflexiono y repaso mis inquietudes diarias o cuando me levanto.

Aquel Dios con el que hablo no tiene etiquetas ni apariencia, ya que nunca me ha preocupado su imagen, no la necesita, al menos yo no nunca he necesitado ponerle cara.

Mi Dios no es tal y como lo entendemos los católicos, no entiende de razas ni religiones, es equitativo y no pide grandes sacrificios ni flagelaciones para entrar en el cielo, un cielo en el que no hay distinciones y entramos todos.

¿También los malos?, todos sin excepción. Si en alguien de este mundo puedo decir que tenía fe ciega, era en mi padre. Hace menos de un año que hablé con él por última vez, ambos sabíamos que casi estaba confirmado su último vuelo y nos dimos un fuerte abrazo de hasta pronto.

Cuando tienes fe ciega en un hombre justo y bueno que deja esta vida, sabes que su alma sigue viva. Aquel héroe desconocido que trajo al mundo con sus manos tantas vidas, con los escasos medios en esos pueblos de España de los años cincuenta. Sé que su alma está bien y en paz, mi fe ciega en él me lo dice, me considero un gran afortunado de haber tenido un gran padre, si he de tomar un ejemplo de alguien, sin duda, siempre lo encontraré en el mejor maestro que he tenido, mi padre.

1. Chico nuevo en la ciudad

Hombre en la luna

Fue un día del frío invierno, era a mediados de Febrero del año sesenta y nueve cuando vine al mundo. Como era ya tradición familiar, nací en casa como todos mis hermanos y pronto me acostumbré al bullicio y el jaleo, quién sabe si de ahí viene mi afición al flamenco.

Mis primeros recuerdos comenzaron años después, poco puedo contar de aquellos días en los que acababa de llegar al mundo aunque siempre he considerado el año de mi nacimiento muy interesante y con derecho a un capítulo como cualquier otro año de mi vida.

Despierta mi curiosidad lo que debe pasar por la cabeza de un bebé. Nada más nacer, el primer sentimiento debe ser de incomodidad, algo así como cuando te lanzas al mar y el agua está muy fría.

Imagino que tras este momento, comenzarán a percibirse ciertas sensaciones incómodas. Experimentamos la primera sensación de encontrarnos en un nuevo entorno hostil hasta que nos vamos adaptando.

La voz de mi madre, las primeras caricias, la primera merienda y tras varios días las primeras imágenes. Algunos sentidos como el oído deben desarrollarse antes de nacer, por ello seguramente el bebé sepa desde un primer momento quien es su madre, incluso puede que ya sepa reconocer a cada uno de los miembros de la familia por sus voces.

El hecho de que el número de mi año sea el mismo que el de una postura sexual me resulta indiferente, son tantas las veces que he oído alusiones al hecho de haber nacido dicho año, que hasta me cansa oírlo una vez más.

El comentario jocosos puede surgir cuando menos te los esperas, como fue el día que llegué tarde a ese beneficio social que permite optar por la compra de una vivienda a precio razonable:

Funcionaria: ¿Es usted natural de Madrid?

Miguel: Sí.

Funcionaria: Pero usted se empadronó hace menos de dos años.

Miguel: Sí, es que he vivido en Tenerife.

Funcionaria: Pues no puede usted solicitar una vivienda, debe llevar empadronado al menos dos años, además debe ser usted menor de treinta y cinco años, anda, ¡qué gracia, si nació en el año sesenta y nueve!

Miguel: Sí, gracias, muy amable.

Funcionaria: ¡No todo son desventajas!, al ser mayor de treinta y cinco años puede usted obtener desgravaciones muy interesantes si contrata un plan de pensiones.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Relacionado con esto, acabo de recordar que a los tres días de fallecer mi padre, vinieron dos sabuesos sin escrúpulos a ver si podían vendernos algún que otro seguro aprovechando el estado de trance en el que te quedas cuando has sufrido un duro golpe.

Bueno, en realidad, solo habían venido a hacer unos trámites que cubría el seguro, pero era muy tentadora la circunstancia de ver a una mujer y a unos hijos destrozados, éramos carne de cañón, ¡qué oportunidad!, he aquí un fragmento de aquella conversación:

Agente: ¡Pero bueno!, ¿qué veo aquí, pero qué clase de seguro del hogar tienen ustedes contratado, si no cubre nada?

Miguel: No estamos interesados en cambiar ese seguro en este momento.

Agente: ¿Tiene usted contratado un plan de pensiones?

Miguel: No, pero ahora que lo comenta, últimamente mi situación laboral es algo precaria, ¿no tendría usted algún producto que me asegure si llego a perder mi empleo?

Agente: No.

Es una lástima, si hubiera tenido un seguro de ese tipo ahora estaría disfrutando de él. Pero bueno, al menos puedo disfrutar de la escritura, empresa que creo difícil que hubiera emprendido de seguir trabajando.

Hay quien dice que los que hemos nacido el mismo año, incluso en la misma época del año, somos parecidos, yo conocí a dos mujeres de mi edad, una era escritora y la otra fue mi novia por unos meses, tal vez los peores meses que he vivido en toda mi vida.

De mi amiga escritora tengo muy buenos recuerdos, pero decir que por haber nacido ambos en el sesenta y nueve pudiéramos ser parecidos, es demasiado osado.

Esta amiga es extranjera, alguna vez he conocido a otras personas de su misma nacionalidad pero edad diferente y puedo decir que si he encontrado rasgos parecidos entre ellos.

De la novia efímera debo decir que a pesar de que era tan solo una semana mayor que yo, ya que nacimos el mismo año y el mismo mes, éramos de forma de pensar muy diferentes.

Me atrevería incluso a decir que es la única persona que me he encontrado en mi vida con la que creo no coincidir en absolutamente nada, tal vez fuera éste el motivo de tan corta relación.

Aunque creo que el verdadero problema de aquella relación es que adolecía de algo que considero fundamental, respeto y amor verdadero.

Entre mis amigos siempre hubo alguno que en contadas ocasiones se pagaba las cañas, siendo de mi misma edad no creo que coincidiera con ellos en gran cosa, bueno, en algo sí, a todos nos gustaba tomar cañas pero no tener que pagarlas. Algunos de ellos eran auténticos maestros en el arte de desaparecer cuando traían la cuenta y había que pagar.

Lo que sí es cierto es que en el desarrollo de un grupo de personas de la misma edad influye el entorno, aunque probablemente la gran mayoría lo niegue, estoy seguro de que a todos los españoles de mi edad les emociona escuchar canciones como el “Barquito de Cáscara de Nuez”.

Fue una suerte haber tenido el placer de haber crecido escuchando esas canciones tan bellas y otras tan divertidas como “Chinita de Amol”, pegados a la tele aprendiendo a recoger la mesa como lo hacía Pippi Calzaslargas.

Lo que es inevitable es que seamos los protagonistas de nuestra propia película, nadie podrá vivir todo lo que nosotros hemos vivimos a lo largo de nuestra vida, es por ello que el entorno es variable, no por haber nacido en el año sesenta se han de vivir necesariamente las mismas experiencias.

Otro rasgo fundamental del desarrollo de una persona es su carácter innato, todos nacemos con unos rasgos característicos pero no hay peor error que creer que ese carácter nos acompañará invariable a lo largo de nuestra vida.

Ahí precisamente está el punto fuerte de nuestro desarrollo, librarnos de todas las etiquetas que van a intentar colocarnos todos aquellos a los que les encanta juzgar, no hay mayor placer que quitarles su máquina etiquetadora.

Desde el mismo instante en que nacemos, alguien nos etiqueta, nos ponen en el pie una etiqueta de identidad, es esa es la primera y luego vendrán todas las demás.

Recientemente estuve en una entrevista de trabajo, me considero experto en esta materia ya que he perdido la cuenta de la cantidad de entrevistas que he podido realizar a lo largo de mi carrera profesional, es por ello, que me doy el gustazo de ponerme la etiqueta de “experto realizador de entrevistas”.

Suele ser bastante molesto y aburrido el transcurso de una entrevista con alguien de recursos humanos, pediría a todo aquel responsable de un departamento de recursos humanos que me lea que, por favor, actualicen ya la plantilla de preguntas, llevo quince años oyendo las mismas sandeces.

La pregunta número uno, la más frecuente y que se lleva la palma es, ¿cómo te definirías? En este punto de la entrevista siempre tenemos un problema, fundamentalmente porque soy incapaz de definirme y eso suele irritar al psicólogo de turno.

Cuando les informo de que no sabría definirme, recurren a otra estrategia no menos absurda, que es preguntarme, ¿qué piensa de ti la gente? A lo que suelo responder, ¿cómo quiere que sepa lo que la gente piensa de mí, no cree que eso tal vez habría que preguntárselo a ellos?

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

El psicólogo empieza a gesticular, lo que significa que le ha incomodado algo que le he dicho, antes echarme de la entrevista hace un último intento, me pide que traslade mi mente a la de mis compañeros y me defina.

Tras haber oído tantas veces esta misma sandez, la última vez que la oí solté una carcajada que el psicólogo tomó como un insulto y me invitó a abandonar la entrevista. Ya no solo me echan de los trabajos sino que también me echan de las entrevistas, quizá debería comenzar a investigar las artes interpretativas porque así no vamos a ninguna parte.

Dado que me encuentro en búsqueda activa de empleo, vamos a ensayar un nuevo modelo de entrevista cuyos patrones puedan encajar con el perfil deseado por la empresa privada española, de este modo, tal vez consiga colarme de nuevo y así entrar de nuevo en eso que llaman mercado laboral:

- Entrevistador:** ¿Y ese qué hace ahí?
- Recepcionista:** Viene para una entrevista a las doce.
- Entrevistador:** (Otro plasta) Buenos días, ¿Miguel Ángel?
- Miguel:** (No Jacobo, no te digo) Si, hola, Buenos días.
- Entrevistador:** (Vaya pintas, podías haberte quedado en casa majo) Refrécame la memoria, venías a una entrevista, ¿no es así?
- Miguel:** (No, a verte la cara de sapo que tienes) Si, era a las doce, tal vez vine algo pronto.
- Entrevistador:** (Encima repelente) Acompáñame, por favor.
(Tras de media hora teniendo que escuchar todo tipo de sandeces, llega la pregunta clave)
- Entrevistador:** (Ahora te vas a cagar) ¿Cómo te definirías, o como te definen los que te rodean?, lo que tú prefieras.
- Miguel:** (Ya iba echando de menos la preguntita) Bueno, le respondo a las dos: Mis compañeros ven en mí un líder, saben que soy autosuficiente y que soluciono los problemas sin ayuda de nadie, soy muy competitivo, aunque aún no me he topado con un rival, entre nosotros, suelo organizar quedadas para pelear hembras, por descontento, todas caen rendidas a mis pies, soy el mejor.
- Entrevistador:** (tú me vas a enseñar a mí a ligar, machote) Contratado.
- Miguel:** (Ostras, que ha colado). ¡Eh, no tan deprisa!, joven, antes hablemos de dinero.

He de reconocer que la entrevista ha sido poco ética, no me he mostrado tal y como soy sino que he estudiado al entrevistador diciéndole solo aquello que quiere oír, esto en mi país se dice que es “regalar los oídos”, no me arrepiento, porque mi objetivo era conseguir un trabajo, misión cumplida.

Los entrevistadores viven obsesionados con poner etiquetas a sus entrevistados creyendo que así pueden llegar a conocer mejor al candidato. A veces se nos suele llamar a los entrevistados futuros candidatos, no sé si porque se nos considera seres venidos del futuro o tal vez porque en el caso de que seamos seleccionados debamos esperar años para ocupar el puesto.

Entretanto, un informático que ha estado en la profesión más de quince años y que precisamente en época de crisis, podría estar trabajando entre otras cosas para tratar que con mi esfuerzo la crisis sea menor, se encuentra en casa escribiendo su biografía en espera de su próxima entrevista, ¡caramba, con lo que a mí me gusta que me hagan entrevistas!

Cuando eres un bebé, eres ajeno a todo aquello que te rodea, eres feliz, tienes comida y el cobijo asegurado. En el mes de julio de mi nacimiento, al hombre le dio por subir a la luna, ¡con todo lo que hay que hacer aquí en la tierra!, ¿quién sabe si algún encontrarán agua?, como tenemos tan poca.

Si algo nos caracteriza a los humanos es nuestro tremendo despiste y entre los despistes nos hay mayores y menores. Uno de los acontecimientos que considero notable de nuestra era, es este tremendo despiste, gastar una cantidad exorbitante de dinero en visitar la luna mientras que en la tierra nos estamos muriendo de hambre y de enfermedades.

Nuestra historia está llena de despistes, uno de los que recuerdo con humor fue en una ocasión en que un invitado de la casa real inglesa cometió el tremendo despiste de equivocarse de copa quitando a la reina madre su Gin Tonic. En esta ocasión la reina madre, a pesar de su avanzada edad, anduvo bien espabilada y enseguida le advirtió, ¡Eh tú!, ¡que esa copa es mía!

Entre las personas de mi gremio no hay demasiada simpatía por la compañía Microsoft, nunca supe muy bien el motivo aunque sospecho que parte de culpa la tiene la envidia que suscita el director de la compañía.

Yo siento envidia sana por el director de Microsoft, pero no por la fortuna que pueda atesorar, sino porque no se ha despistado demasiado como el resto de la humanidad, al menos él si se acuerda de los pobres.

Creo que el hecho de que el hombre visitara la luna no le proporcionó beneficio alguno sino más bien un tremendo despilfarro económico, como suele decirse en mi país, “el hombre está en la luna”, refiriéndose a que está distraído, permite que siga habiendo guerras mientras que gran parte de las barbaridades que ocurren en la humanidad podrían llegar a evitarse.

Debe ser que en la luna no se vive del todo mal, sin apenas esfuerzo alguno puedes moverte de aquí para allá. Incluso puedes conseguir lo improbable de que una bandera ondee en la escasa gravedad de la plataforma lunar.

Si nuestros países, en lugar de luchar por demostrar cuál es el más poderoso y el que es capaz de conseguir más medallas en los juegos olímpicos, fueran capaces de comprender que la verdadera grandeza no radica en el éxito sino en la solidaridad hacia el prójimo, daríamos un salto enorme en la evolución.

Mi casa

La casa donde nací tiene muchas aventuras y desventuras que contar, ubicada sobre el mismo suelo que antaño ocupaba la casa de mis abuelos en la actualidad la habitamos mi madre, dos de mis hermanos y yo.

Hace unos días oí relatar a mi prima Carmen con entusiasmo y con todo lujo de detalle cómo era la casa de mis abuelos, al ser ella mayor que mis hermanos mayores conocía mucho mejor cada rincón de aquella casa.

Tenía un jardín, un gato que por celos atacó a mi hermana llevándose un buen puntapié de mi padre, unos lavabos cuya grifería debía ser muy llamativa por el entusiasmo que empleó en describirla y dos plantas.

Mi prima Carmen es la mediana de mis primos de Vallecas, es muy simpática y cariñosa, hasta en los momentos más difíciles siempre ha tratado de mantener su sonrisa, nos contaba hace pocos días, que siendo niña, un día le dijo a su madre que se iba de paseo a ver a su abuela Paca de Madrid.

El plan que tenía y que le contó a su madre, era que primero se montaría ella solita en el tren de Vallecas hasta Atocha y cuando llegara allí, se montaría en un taxi y le diría al taxista, ¡a cada de la abuela Paca!

Quiero hacer llegar mi ánimo a mis primos y a mi tía, recientemente se nos fue el tío Alejandro, un hombre luchador y trabajador, generoso, un atlético de los de verdad. Recuerdo cuando mi hermano Javi y yo éramos niños, que nos dio para las verbenas de Vallecas dos billetes de cien pesetas, era la primera vez que veía tanto dinero junto y era nuestro, todo para gastar.

Mis abuelos vivieron buena parte de su vida en su casa de Madrid pero, al ser mi abuela natural de Vallecas, quiso que sus restos descansaran allí y mi abuelo quiso también que le enterraran junto a su mujer cuando le llegó su hora, qué buenos son los recuerdos que atesoro de mi abuelo Tomás.

Al tener tan solo once años cuando se marchó mi abuelo Tomás, no pude ir a despedirme muy a mi pesar de él aunque pude ir días después al cementerio, entonces pude ver cerca la tumba de Fofó, me alegró saber que mi abuelo descansaba cerca de aquel que me hizo pasar momentos tan divertidos.

La casa de mis abuelos sobrevivió a la guerra civil, aunque quedó bastante afectada, no por las bombas, sino porque al encontrarse en zona de frente, fue utilizada como hospital de campaña. Se necesitó bastante trabajo para que la casa quedara como fue antes de la guerra.

En los años de conflicto, mis abuelos se trasladaron con mi madre a la calle Sainz de Baranda esquina con Maiquez, una zona que aunque no exenta de peligro, al menos no estaba en pleno frente de batalla.

He podido ver aquella casa alguna vez que he pasado con mi madre por la zona, tiene reformada la fachada de manera que nadie diría que se trata de una casa con más de setenta años, de antes de la guerra civil española.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Aún se conserva también, en la misma calle Sainz de Baranda, una casa en la que vivió mi bisabuelo, aunque por el aspecto que tiene sospecho que no tardará mucho en desaparecer.

Con los años mis abuelos decidieron vender la casa debido a la presión urbanística de la zona, llegó un momento en que se encontraron rodeados de edificios altos lo que les llevó a decidirse por su venta.

A cambio negociaron la cesión de dos viviendas de nueva construcción en la parcela. Durante varios años vivieron mis abuelos en una de las casas y regalaron la otra mi madre, al regresar mis padres de su largo viaje a la alcarria se establecieron en esta casa y con el tiempo unieron las dos casas formando así la vivienda que yo he habitado gran parte de mi vida.

Desde la entrada más utilizada de las dos, a mano izquierda, se accedía a la habitación de mi abuelo y a la cocina, enfrente se hallaba el salón y a la derecha la clínica donde mi padre pasaba consulta por las tardes.

En la clínica, que así llamábamos a esta habitación, había una vitrina con medicinas y material para curas, inyecciones, etc. Aunque podíamos pasar por la clínica, teníamos bien aprendido que ahí no se tocaba, el resto del mobiliario lo formaban un escritorio con cajones que tampoco podíamos tocar donde mi padre guardaba documentos y sellos para las recetas.

Enfrente del escritorio había una mesa muy temida por todos, era donde había que tumbarse para recibir un pinchazo en el culo cuando caíamos enfermos. A un lado de la mesa, había una báscula para bebés y enfrente de la báscula el objeto que más nos llamaba la atención, el aparato de rayos X.

Tuvimos que llamar al consejo de seguridad nuclear para retirar el aparato de rayos x cuando mi padre dejó de utilizarlo. Más allá de la clínica se hallaba “la otra casa”, la llamábamos así porque aunque pasábamos más tiempo en el salón de la casa de mi abuelo, dormíamos en “la otra casa”.

La cocina que utilizábamos era la de la casa de mi abuelo, “la otra cocina” era utilizada para guardar productos de limpieza. La habitación de mis padres de “la otra casa”, es la última que yo habité.

Una casa grande para una gran familia, la casa que me vio nacer y en la que pasé mi niñez y juventud. Había una puerta desde la cual uno podía esconderse y dar un buen susto al que pasara despistado en ese momento.

Que tu padre sea médico pasa factura a tu privacidad, recuerdo cuando un sábado por la mañana estaba viendo la televisión en calzoncillos cuando oí la voz de mi madre que decía, ¡pasa y siéntate a ver la tele bonita!

En ese momento pensé ¡tierra, trágamel, pero no fue así y vi como entraba una niña de mi edad y se sentaba justo a mi lado mientras mi cara enrojecía porque mi única ropa eran unos calzoncillos, dudé si se había dado cuenta de que estaba en paños menores porque comenzó a hablar conmigo con total naturalidad mientras yo permanecía paralizado sin saber qué hacer.

Mi barrio

El barrio en que nací ya no es el mismo que era. Pasear por la calle Caramuel, mi calle, es como pasear por cualquier país de Latinoamérica, no creo que sea una exageración afirmar que en mi barrio actualmente es mayor la población de inmigrantes que la de españoles.

En la época en que nací, la migración de los españoles de sus pueblos a la gran ciudad estaba a la orden del día, mis abuelos fueron testigos de cómo mi barrio era poblado por gentes de otros lugares de España.

Parece que a los mismos que vinieron del pueblo a Madrid es a los que ahora les molesta la inmigración. Cuando yo nací, pasear por mi barrio era como pasear por Sevilla, o Almería, la mayoría de sus gentes eran andaluces.

Muchos artistas flamencos vivían en mi barrio, sin ir más lejos había un cantaor que solía venir a la consulta de mi padre y con el que coincidí en una cena a la que asistí allá por los años noventa junto a mi maestro de guitarra.

Mi afición por el flamenco tuvo mucho que ver con las influencias del barrio, en una ocasión pude ver al rey del cante en mi barrio, iba andando con mi hermano por el puente Segovia y al llegar a los mesones gallegos, allí estaba, oí una voz que decía, ¡toma Camarón! ofreciendo una copa al maestro.

Camarón permanecía en el asiento trasero de su coche, cuando se incorporó para agarrar la copa nos miramos a los ojos, luego se sentó y yo seguí caminando. No presté mucha atención al encuentro, porque sin desmerecer al gran maestro, mi preferencia por aquel entonces era mayor por la guitarra.

Me impresionó bastante más cuando mi maestro me presentó a traición al rey de la guitarra, sin previo aviso me dijo, Miguel, ven que te voy a presentar a un amigo, dijo sin más, Paco, te presento a mi amigo Miguel. Al reconocerle enmudecí y tardé algunas horas en reaccionar.

Mi maestro de guitarra había sido buen amigo de Camarón y me contaba cuando siendo apenas dos niños de catorce años iban por tierras andaluzas en un coche sin capota dando actuaciones de aquí para allá.

El cante de Camarón destacó incluso siendo apenas un crío, decían que cantaba con la sabiduría de los grandes cantaores de flamenco, había adquirido la sabiduría de los mayores, gustó tanto que no tardaron en darle la oportunidad de mostrar su arte al mundo entero.

Mi barrio tenía sus propios maestros de guitarra, uno de ellos el vecino del piso de arriba, el señor Ángel, al que no recuerdo haberle visto tocar aunque me contaron que dominaba con gran destreza la guitarra, el estilo musical que dominaba era el folklore español, como el gran Sabicas.

Al que sí pude admirar fue a su hijo Angelito, tocaba la guitarra flamenca y su mujer era bailaora, fue mi primer contacto con el flamenco pero no el único, de hecho, con los años me convertí en un gran aficionado al flamenco.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Debajo de mi casa estaba el taller de señor Andrés, luego trasladó su taller unas calles más allá aunque no por ello dejó de ser nuestro mecánico preferido, yo le llevaba el Seat 127 que hederé de mi tía.

En mi barrio había un chico que imitaba el sonido de la ambulancia y se podía pasar horas correteando por sus calles derrapando en las curvas y repitiendo constantemente “Nii Noo Nii Noo Nii Noo Nii Noo Nii Noo”.

Había un señor al que yo temía por su aspecto desaliñado y su olor nauseabundo, era alcohólico y le llamaban “el señor colonias”. Cuando me hacía el remolón para volver a casa, me decía mi abuelo, ¡que viene el señor colonias!, tras lo cual subía a casa como una flecha.

Ciertamente cuando alguien comenzaba una frase diciendo ¡que viene...! fuera quien fuera el que viniera, salía corriendo. Bien fuera la bruja piruja, el coco, o ese personaje que inventó mi padre llamado “el chulito pichón”.

Cuando años más tarde visitamos las casas colgadas de Cuenca en la que había muchos pichones, al descubrir que esos pajarracos pequeños eran los aterradores pichones, me dio la risa y dejé de temer a “el chulito pichón”.

Mi barrio era un lugar tranquilo, casi siempre, una vez miré por la ventana y pude ver una nube de humo gris, era una manifestación, en aquella época cualquier tipo de manifestación era considerada como una agresión al régimen franquista, el humo era provocado por las bombas de humo que echaba la policía para disolver a los manifestantes.

La manifestación se convocó porque se pedía un semáforo debido a la cantidad de atropellos que había en mi calle, no solo no se consiguió el semáforo, sino que se montó un buen jaleo, pronto el barrio quedó envuelto en una espesa nube gris.

Recuerdo la imagen de una vecina rodeada de humo como si fuera una cantante de música disco, desde su balcón gritaba a la policía que se fueran a tirar las malditas bombas de humo a la puerta del alcalde.

Enfrente de mi casa estaban “los pinos”, un pequeño pinar que cruzándolo a mano izquierda conducía a una antigua fábrica de explosivos. Desde mi casa se podía ver a lo lejos, tras aquel pinar se hallaba la fábrica de cerveza que emanaba un espeso humo de color blanquecino.

Desde mi casa, continuando caminando por mi calle pronto se llegaba al cementerio de San Isidro, frente al cual se encontraba un monte con muchas cuevas. La vista desde la azotea de mi casa alcanzaba todo esto y mirando hacia atrás se veía el colegio al que fui durante ocho años, los salesianos.

En este entorno fue en el que me crié, en un barrio donde escuchábamos canciones de Los Chichos y Los Chunguitos y luego lanzábamos al viento nuestro grito de libertad. Mi barrio se encuentra en el distrito de La Latina, que a pesar de lo que cree la mayoría de nuestros actuales vecinos latinoamericanos, su nombre no hace referencia a una mujer de Sudamérica.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

La Latina fue una mujer española de nombre Beatriz Galindo, amiga íntima de Isabel la Católica, fue una de las mujeres más cultas de la época, estudió en la misma universidad que Cervantes, la misma que me acogió siglos más tarde, tomó su apodo debido a sus amplios conocimientos de latín. Fue tan famosa por esta circunstancia que llegó a oídos de la reina y la reclamó para recibir sus clases de latín tras los cual hicieron una muy buena amistad.

Al igual que la reina, yo tuve un maestro con el que hice muy buena amistad en mi barrio, este no era maestro de latín, sino de guitarra flamenca. Miembro de una familia de artistas de Granada, se estableció con su familia cuando aún era un adolescente en el centro de Madrid, cuando de mayor se independizó, vino a vivir al barrio.

Mi maestro vivía en la calle Vicente Camarón, qué casualidad que un artista de flamenco amigo íntimo de Camarón de la Isla se vaya a vivir a una calle con este nombre aunque don Vicente nada tenía que ver con el cantaor sino que fue un pintor hijo de José, uno de los pintores de la corte de Carlos IV.

Hace unos años conocí a un buen amigo que se llamaba como Camarón, José Monje, su madre nos invitó a cenar con mucho cariño a mi amiga colombiana María Cristina y a mí sin apenas conocernos, la señora Sole.

En mi barrio se encuentra la piscina Miami, allí he pasado algunos de los calurosos días del verano madrileño con mi maestro de guitarra y su familia, creo haber estado en ella también alguna vez con mi familia pero de ello hace tantos años que apenas lo recuerdo. Es una piscina de barrio en la que uno se puede refrescar o tomar algo tranquilamente en su cafetería mejor que en otras piscinas más masificadas como las de Aluche y El Lago.

En mi barrio se halló antaño la quinta del sordo, sustituida posteriormente por la estación de Goya, el nombre de la quinta del sordo no estaba motivado por la sordera de Goya sino que al ser el anterior dueño, al que Goya compró la quinta, también sordo, los lugareños le pusieron dicho nombre.

Goya decoró las paredes de su casa con las que se denominaron las “pinturas negras”, pinturas que en ocasiones habían sido repintadas por Goya sobre otras ya existentes. Estas fueron trasladadas posteriormente a lienzo y en la actualidad se encuentran expuestas en el Museo del Prado de Madrid.

Cuando hablo de mi barrio, abarco mentalmente todo aquello que subjetivamente considero que lo compone, como es la avenida de Portugal, el parque de San Isidro, el estadio Vicente Calderón, el Zoo, el barrio Goya, la casa de campo, etcétera, es así mi barrio todo aquello próximo a mi casa que ha formado parte de mi infancia y juventud.

Hecha esta aclaración, puedo entenderse que el barrio Goya, aún siendo un barrio diferente, para mí es parte del barrio, he de decir de sus gentes que tienen buen gusto, pues en sus pasadas fiestas eligieron Miss a mi sobrina María. La quinta del sordo, cercana al barrio Goya, se ubicó en la actual calle Pablo Casals, donde más tarde estuvo la estación de ferrocarril de Goya que fue sustituida por lo que es en la actualidad una zona residencial.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

El haber tenido tan ilustre pintor de vecino, hizo que se diera su nombre a uno de los colegios del barrio, del que conocí tanto sus antiguas como sus nuevas instalaciones, aunque no como alumno sino como visitante.

Tras una semana de vacaciones que me proporcionaron los adorables padres salesianos por expulsión de sus aulas, estuve a punto de formar parte del alumnado del colegio Goya, aunque al final todo quedó en una fugaz visita.

Al entrar por la puerta y ver la anarquía con la que campaban a sus anchas mis futuros compañeros y oír comentarios del estilo de, ¡mira el nuevo!, ¡anda que no le van a caer hostias!, pensé que aunque continuar en los salesianos tal vez me trajera algún que otro problema, sería conveniente optar por quedarme, al menos para preservar mi integridad física.

Mi madre fue maestra del colegio Goya hasta su jubilación, estoy convencido que las generaciones que pasaron por la clase de mi madre salieron más dóciles que los salvajes que ansiaban mi incorporación para darme candela.

Los salesianos, además de ser mi colegio durante ocho años, proporcionaron un servicio excepcional a los chicos de mi barrio con el cine, aunque no les terminaba de convencer la idea, tuvimos nuestro propio cine de barrio.

El cine estaba abierto a todos los chicos del barrio sin necesidad de tener que ser alumno del colegio, en él se proyectaban películas de diversos géneros a un precio asequible a nuestro escuálido bolsillo.

Eran muy frecuentes las proyecciones de películas de Bruce Lee tras la cuales había lluvia de patadas entre los chicos del barrio llegando incluso a ponerse a alguno cara y voz de chino.

Aunque para todos los chicos era nuestro cine de barrio, a los padres salesianos no les gustaba que lo llamáramos así siendo frecuentes las veces en las que mandaban callar a todos los presentes con una frase que se hizo popular ¡A ver si os habéis creído que esto es un cine de barrio!

Pues claro que nos lo habíamos creído, como que era nuestro cine de barrio y a mucha honra, como son los curas, para un servicio bueno que hacían a la comunidad y les daba vergüenza.

¿Donde quedaban aquellas enseñanzas que tanto nos predicaban con las proyecciones en el aparato de filminas de San Juan Bosco haciendo sus buenas obras con los niños pobres y con su pupilo Santo Domingo Sabio?

Se agradecía aquel cine de barrio de los sábados por la mañana porque se podían ver caras nuevas entre los espectadores, un poco cansado de ver las mismas caras de mis compañeros de clase que veía a diario.

No solían venir los compañeros de mi clase a este cine, unos porque no vivían en el barrio y otros porque no les gustaba juntarse con la prole, aunque los alumnos del colegio no eran de clase alta sino más bien de clase media tirando a baja, parecían tener alergia a mis amigos del barrio.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Una de las escenas más divertidas del cine de barrio fue cuando, debido a un despiste de los padres salesianos, no se procedió a revisar previamente el celuloide para ser validado y en caso necesario, debidamente censurado.

Veíamos una película del oeste de la que no recuerdo su título, cuando nos sorprendieron unas imágenes prohibidas de una escena de cama entre un vaquero y su mujer, novia, amante o vaya a usted a saber.

Dado que la media de edad de los espectadores del cine de barrio era de chicos y chicas de unos once años, las risas y los gritos se oyeron hasta en la china, realmente nos produjo mayor gozo ver las caras de desesperación de los curas por su tremendo despiste que la escena erótica en sí.

Los alumnos de los salesianos estábamos muy acostumbrados a ver mujeres desnudas, las africanas de las misiones, no se sabe muy bien por qué motivo las escenas de estas mujeres desnudas no se censuraban, tal vez por tener la creencia de que, en este caso particular se trataba de criaturas de Dios.

Una de las ventajas que hacía más atractivo aún a nuestro cine de barrio era que se permitía también el acceso a las chicas, de este modo, si la película resultaba un poco aburrida, podías deleitarte mirando a tu alrededor.

Tras el alboroto que se formó tras este fatídico despiste de los curas, se procedió a la cancelación de la proyección de la película y creo recordar que como castigo, pasamos varios meses sin nuestro querido cine de barrio.

Por aquel entonces vino un nuevo compañero a mi clase, le llamábamos Linares por su apellido, a diario en lugar de llevar un bollo o un bocadillo como el resto, llevaba su billete de mil pesetas.

Después de invitarnos a toda clase de chucherías, iba al puesto de periódicos y no se sabe muy bien con qué estrategia, tal vez mediante soborno, conseguía que el dependiente le vendiera el último Penthouse que luego era babeado y sobado por casi todos los compañeros de clase.

Cualquier muestra de libertad de alguno de nuestros compañeros, como podía ser el portar un paquete de cigarrillos en el bolsillo, era algo a lo que no estábamos acostumbrados por ser muy castigado por los curas.

Como a los cursos de recuperación de verano venían chicos de otros colegios, nos dábamos cuenta de que el mundo exterior a nuestro colegio evolucionaba de un modo diferente, lo que para nosotros estaba prohibido para los alumnos de otros colegios era lo más normal del mundo.

Nuestra convivencia diaria era exclusivamente con seres de sexo masculino, tan solo podíamos ver alguna niña saliendo de misa algún día festivo o a la salida en el colegio de las monjas.

Llegó la excepción que confirma la regla con la profesora de inglés, nos pareció raro que los salesianos permitieran la revolución en las aulas que provocó la presencia de una mujer de tan seductora figura.

Debió ser que con la democracia se avecinaban tiempos de apertura y libertad. Una de las frases más escuchada en mi barrio por aquel entonces solía ser, ¡Esto con Franco no pasaba!

Nací en el final de una dictadura en la que en España las libertades estaban coartadas, viví una época en la que muchos elogiaban al régimen, aunque la mayoría ansiaba el poder expresar sus ideas sin miedo a que alguien pudiera ir con el cuento a los Pacos (así se llamaba a la policía de aquella época).

Mi barrio había nacido tímidamente a orillas del río Manzanares, cuando empezaba a crecer sufrió el azote de una guerra civil. Todas las guerras son horrosas, pero una guerra en la que hermanos de sangre se tiran bombas entre ellos por el simple hecho de que al declararse les pilló en zonas enfrentadas, es la peor de las guerras.

Afortunadamente aquella guerra pasó, estoy totalmente convencido de que muchas personas con las que convivimos a diario, si tuvieran la posibilidad de disparar un fusil o de denunciar tu existencia y así lograr que tu corazón dejara de latir no dudarían ni un instante en hacerlo.

En estos días en que se ha puesto tan de moda eso de la memoria histórica, que trata de buscar a los culpables de los delitos cometidos durante la guerra civil ocurrida hace más de setenta años, aconsejaría que en lugar de buscar tantos culpables tratáramos de ser al menos un poquito menos malos.

Republicanos o nacionales, ¿quién fue más culpable de los dos?, yo planteo otra pregunta, si mañana mismo hubiera otra guerra civil, ¿creen que seríamos más humanitarios y justos ahora que lo fueron entonces?, no puedo estar seguro de la respuesta, pero tengo serias dudas de que así fuera.

Tal vez en lugar de aturdir a quienes sufrimos aquella guerra, es decir, a todos los españoles, con memorias históricas, ¿por qué no comenzamos a hacer una autocrítica ahora mismo, por qué no pensamos que es probable que de tener un fusil o el poder de arrebatar la vida a alguien con tal de satisfacer nuestras expectativas, no dudaríamos en hacerlo ni un instante?

Mientras siga siendo testigo del abuso de poder en nuestros días que no me vengan a mí con memorias históricas ni demás gaitas, mientras vea al jefe de recursos humanos de una empresa capaz de defenestrar a un empleado por el puro placer de hacerlo, pensaré en lo fácil que le resultaría apretar el gatillo y arrebatarle la vida por el mero placer de hacerlo.

Ganaríamos mucho si en lugar de mirar tanto hacia atrás, nos mirásemos a nosotros mismos e hiciéramos propósito de enmienda. ¡Es tan fácil mirar a nuestro alrededor y criticar lo que vemos!

Siendo mi abuela una mujer muy creyente, le llevó los demonios cuando unos sacerdotes llegaron a mi barrio en la posguerra diciendo que el pecado y la perdición se encontraban sobre todo en los suburbios de la ciudad, como aquel en que el que ella vivía. ¡Qué cosas tienen los curas, decir que mi barrio era un suburbio de pecado y perdición!

2. Mis primeros amigos

Haciendo amigos

En mi primer año de vida, allá por el año setenta, pude dar mis primeros paseos en mi cochecito de bebé y así conocer a mis primeros amigos. En el barrio vivía una familia de asturianos que había vivido en Cuba, los llamábamos los Alipios porque era el nombre del padre y de un hijo.

La madre de los Alipios pronto hizo amistad con mi madre, una mujer muy amable y cariñosa, algo que pude constatar en los sucesivos cumpleaños a los que me invitó su hijo, mi primer amigo de mi edad, Julito.

El cómo nos conocimos Julito y yo con apenas un año de edad lo supe por boca de Julito hace un par de años. No recordaba cómo sucedió pero Julito me lo contó una noche que salí a comprar tabaco. Era ya algo tarde y no quedaba ningún bar abierto, así es que me fui a por tabaco al pub del barrio situado en la calle Guadarrama.

Cuando iba camino del pub, mi intención era sacar el tabaco de la máquina y volverme a casa, pensaba en fumar tan solo un par de cigarros antes de dormir pero no me imaginaba que la noche iba a ser más larga de lo que podía sospechar en un primer momento.

Entré en el pub y la máquina escupió todas y cada una de las monedas que había introducido, me dijo el dueño del pub que las tirase contra el suelo a mala leche y que entonces vería como sí las admitía.

Sin mucha fe al no encontrar un remedio mejor, seguí su consejo y lancé cada una de las monedas que había escupido la máquina contra el suelo con fuerza, tras hacerlo, misteriosamente la máquina admite todas las monedas.

Es este uno de los fenómenos de los que he sido testigo a lo largo de mi vida, que sin explicación lógica ni fundamento científico, inexplicablemente funcionan, lo metí en mi saco particular de fenómenos extraños UFO.

El significado de estas siglas inglesas es Unidentified Flying Object (objeto volador no identificado), en este caso particular, los objetos voladores estaban identificados, eran monedas, pero lo que no tenía explicación lógica es por qué solo eran admitidas por la máquina tras lanzarlas contra el suelo.

No le demos más vueltas, en definitiva, yo denomino UFO a todo aquel fenómeno ocurrido a lo largo de mi vida sin explicación. Tras sacar el tabaco vi a Julito, hacía tiempo que no le veía, tal vez desde cuando se me conocía en el barrio como “El tío playeras”, contaré más tarde el origen de este mote.

Nos dimos un fuerte abrazo y pedimos una copa, en ese instante pude ver otro fenómeno UFO, vi cómo Julito se quitó unos hielos de sobra de su vaso lanzándolos a una cubitera que portaba el dueño del pub que estaba situado a unos diez metros de nosotros, sorprendentemente los coló todos.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Julito siempre ha sido un fuera de serie, puedo asegurar sin temor a equivocarme que es la persona con más reflejos que jamás haya conocido. Me mostró sus records de velocidad en varias ocasiones, una de ellas yendo montado en el sillín de su bici mientras él pilotaba y pedaleaba.

Otra vez bajando por el Paseo de Extremadura con una moto que le dejaron, pegó tal frenazo al llegar al semáforo que salió volando media moto por los aires por la acción de la fuerza centrífuga, sin embargo, nosotros quedamos anclados en el semáforo en rojo, observando absortos cómo dicha fuerza de la madre naturaleza nos despojaba de nuestro medio de transporte.

Me contó que batió el record de velocidad en la estación de esquí de Valdesquí sin tener ni idea de esquiar, era la primera vez que esquiaba, de ser otro el que me lo hubiera contado no le hubiera creído, pero conociendo a Julito, lo firmaría en el libro Guinness sin pestañear.

Si algo caracteriza a Julio es su ausencia de miedo, no sabe lo que es eso. Pasamos el resto de la noche hablando y recordando nuestras gamberradas sanas, no éramos los únicos noctámbulos ya que había más gente del barrio en el pub velando los sueños de la noche madrileña.

El día siguiente era laborable y por ello me pareció algo extraño que hubiera tanta gente en el pub, hasta llegué a pensar si en algún momento se convertirían los presentes en vampiros como en la película “Abierto Hasta El Amanecer”. Cuando hablé con la otra gente, me di cuenta que eran unos trasnochados como yo, que tal vez necesitaban una noche de desahogo aunque al día siguiente tuvieran que ir a trabajar.

Fue en plena noche cuando Julito me reveló algo que yo ignoraba, algo que le reveló su madre un día. Luego pude verificar con mi madre que era cierto lo que me contó Julito, no era otra cosa que el día en que nos conocimos tan solo teníamos un año de edad.

Hace muy pocos días soñé con ese instante, quizá este sueño pueda reflejar una realidad un poco distinta a lo que realmente pasó aquel día, pero no cabe duda que percibí este sueño con una sensación de realidad tal que desperté sobresaltado, ¿qué parecen reales, los sueños o la realidad?, lo cierto es que mi mente lo fabricó en base al sorprendente relato de Julito.

Sospecho que estoy soñando porque me encuentro metido en un cuerpo diminuto, debo haber comido o merendado hace poco rato porque me siento satisfecho. De repente sale un eructo prominente de mi boca y oigo una carcajada y una voz al fondo de mi casa dice, ¡que aproveche!, a lo que me dispongo a responder como es de buena educación.

Bebé Miguel:

(Gracias) Gugu Tata.

Cuando oigo mi voz tan aguda hablando en una lengua tan primitiva me da la risa, soy consciente de que soy un bebé de un año y me dispongo a disfrutar de este momento de felicidad, mi madre me lleva en brazos por las escaleras y me deposita en un carrito situado en el portal de mi casa.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Ya en la calle veo unos gigantes que se acercan y me ponen cara de pez, me hablan como si yo fuera tonto, esto me resulta tremendamente divertido, comienza bien la tarde, me parece que me lo voy a pasar en grande.

Todo tiene un tamaño descomunal, los árboles, las casas, la gente y los coches. Nada más salir a la calle se mezcla en mi nariz una variedad pintoresca de olores.

Mi carrito tiene una barrita con la que me ayudo para incorporarme cuando quiero ver mejor, al incorporarme reconozco el antiguo portal de mi casa, la carretera sin asfaltar y me sorprende la ausencia de coches aparcados, pasa un coche cada quince minutos, se oye rugir su motor a lo lejos hasta que su sonido se torna ensordecedor según se va aproximando.

Todo me recuerda a mi niñez, incluso sensaciones que había olvidado por completo como por ejemplo la torpeza al mover mi cuerpecito o el gran tamaño de mi chupete, lo miro y me doy cuenta de que soy yo quien lo mueve de arriba abajo mientras lo chupo y de que no paro de soltar babas.

Me siento como si me hubiera tomado unas cañitas, no tanto como borracho pero sí con un puntito, mi estado de embriaguez puede deberse al fuerte olor a colonia de bebé. El caso es que voy tan feliz en mi carrito, empujado por mi madre, dispuesto a dar el tan deseado paseo diario.

Mi mamá sustituye mi chupete por un biberón con agua y esto me alivia porque hace algo de calor. En ese momento oigo que mi madre se encuentra con otra persona, mi madre es muy conocida en mi barrio por haber nacido ella también en él, llegando a ser normal que un trayecto corto de mi casa a una tienda situada a doscientos metros, pudiera llevarnos más de una hora.

Soy testigo de uno de mis primeros fenómenos UFO, escucho una voz más aguda aún que la mía, entonces me incorporo y puedo ver una bolita de pelo negro y del mismo tamaño que yo que se ríe y me dice:

Bebé Julito: (Te lo cambio) Gu Ta Ta Gugu.

Bebé Miguel: (Vale) Na Gu Gu Ta Tae.

Se trata de un intercambio de biberones entre el bebé que acabo de conocer y yo, nos los cambiamos sin que se percaten nuestras madres y seguimos charlando de lo nuestro, la típica conversación entre dos bebés que acaban de conocerse:

Bebé Miguel: (¿Cómo te llamas?) ¿Gu Ta Gu To Ga?

Bebé Julito: (Julito) Gu Ta Ta Ito.

Bebé Miguel: (Yo Miguel, encantado) Tae.

Nos estuvimos contado todo sobre nuestras familias y mientras me daba cuenta de lo buena persona que era mi nuevo amigo, no había protestado ni un solo momento por el intercambio de biberones a pesar de que el mío tenía agua y el suyo leche, no le importó que me lo bebiera enterito.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Después de mucho hablar con Julito me quedé dormido y al despertar ya era de nuevo el grandullón que soy ahora, me levanté de buen humor por el sueño tan divertido que acababa de tener.

De regreso al pub de mi barrio, ya iba transcurriendo la noche mientras Julito me iba presentando al resto de noctámbulos, conozco poco a la gente de mi barrio, aunque había uno de ellos que actualmente residía en Almería y había venido a visitar a sus padres que decía conocerme de algo.

Yo solo conocía a Julito y al dueño del pub de alguna que otra vez que me había dejado caer por ahí, hablé un buen rato con aquel amigo de Julito que aseguraba conocerme de algo, luego jugamos un billar y fui testigo una vez más de la destreza de Julito, tiene una habilidad fuera de lo normal.

Sin embargo he de reconocer que yo no soy bueno para los juegos, aunque siempre que no haya dinero de por medio, me apunto. Desde niño fui muy patoso con el deporte más importante en mi país, el fútbol, si lo dominabas, eras candidato a ser delegado de clase y muy admirado por todos tus compañeros, el pichichi de mi clase se llamaba Pipi.

Sin embargo yo era del grupo de los que en el recreo buscaba actividades alternativas como ir a ver a las niñas de las Franciscanas ya que su colegio estaba próximo al mío.

Hablando de chicas, entre bola y bola me percaté de que había una chica en el pub y dada mi torpeza jugando al billar, decidí que era mejor darle conversación a la única mujer que pernoctaba en aquel sombrío lugar.

Era una chica atractiva de pelo negro cortado a flequillo, comencé mi conversación con el típico ¿nos conocemos?, hubiera jurado por un momento que tenía frente a la mismísima Uma Thurman de Pulp Fiction.

No recuerdo muy bien de qué trataba nuestra conversación pero recuerdo que hablamos mucho tiempo, su cara era tan inexpresiva que dudé si corría sangre por sus venas, pensé que tal vez se aburría cuando me dijo que ya tenía que irse a trabajar, pero es que ya eran las ocho de la mañana.

Salí del pub alrededor de las once de la mañana y la sensación de ver la luz de sol de repente fue bastante desagradable, pasas en milésimas de segundo de estar confundido por la noche a estar aturdido por el día.

Me despedí de mis amigos y regresé a casa, por el camino pensé que tal vez mis padres estarían preocupados por mis escapada nocturna, por ello abrí la puerta y me dirigí a mi habitación sin hacer ruido, entré en un profundo sueño y nadie supo que aquella noche mi sueño tan real como la vida misma.

Mi amigo Julito es el menor de sus hermanos, el que le sigue se llama Toni y el mayor Alipio. Tiene también tres hermanas con una diferencia de edad considerable con ellos tres, cuando las conocí eran ya mayores y se habían independizado, las tres tenían el acento cubano y la simpatía de sus padres, ojalá un día América desvele al viejo continente la fórmula del buen humor.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

El padre de Julito tenía tres camiones y en muchas ocasiones era acompañado por sus hijos, los tres estaban casi tan fuertes como su padre. Si no hubiera sido por el buen carácter de su padre, podría asustar por lo grande y fuerte que era, sin embargo era siempre estaba de buen humor, era tan amable y cariñoso como el resto de los Alipios.

Julito vivía en una casa con un garaje grande en el que guardaban un flamante Seat 132 en perfecto estado que solo utilizaban para viajes largos. Julito tuvo varios perros, recuerdo con especial cariño a Fiel, el cual se perdió en Manzanares el Real y no volvimos a ver, fue este uno de los tragos más duros que pasó Julito, prueba de que hasta el más fuerte puede derrumbarse.

Han sido muchas las aventuras que hemos pasado Julito y yo juntos, no recuerdo muy bien cuando dejamos de vernos, de lo que estoy seguro es de que nunca hemos tenido enfrentamientos, lo único que ha podido separarnos han sido circunstancias de la vida, nos fuimos distanciando desde el momento en que me fui a un instituto que estaba fuera del barrio.

Siempre que nos volvemos a ver tras largos periodos de tiempo, los saludos son efusivos y es mucho el rato que nos pasamos charlando. Durante la vida de una persona, se pueden tener muchos amigos y distintos grados de amistad, Julito es uno de los amigos de los de verdad, alguien que sabes que jamás de traicionará, una persona de palabra, un tipo auténtico.

La experiencia nos sirve para tratar de no cometer los mismos errores que un día cometimos. Uno de los mayores errores cometidos en mi vida fue el juntarme con falsas amistades, en la actualidad carezco de amigos, ¿quién quiere falsos amigos?, mejor no tenerlos, ¿mi peor experiencia?, la traición.

Debo decir que me siento dichoso de haber conocido la verdadera amistad, al igual que me congratulé el primer día que probé una buena ración de jamón serrano. Cuando se prueba lo bueno y lo auténtico, puedes pasarte media vida sin volver a catar una ración igual de buena, pero ay del día que te vuelvan a servir otra buena ración.

Me confieso feliz de haber probado lo auténtico, aunque ahora no tengo amigos tengo algo mejor, una mujer auténtica, ¿quién quiere amigos si de repente un buen día te encuentras con una persona que reúne todas las características que valoras en una persona y además te ama?

La amistad es buena pero el amor es mejor. No quiero decir con ello que sea malo tener amigos, aunque von el tipo de amistades que he frecuentado mis últimos veinticinco años, prefiero seguir estando sin amigos. La amistad auténtica es realmente buena, el hecho de que a lo largo de mi vida casi siempre la amistad fuera una utopía me hizo seguir buscando.

Encontrar buenos amigos es tan difícil como encontrar una buena pareja o un buen trabajo, encontrarlo todo sería un cuento de hadas. Los amigos he dejado de buscarlos, no es que no quiera tenerlos pero perdí mi interés. La pareja la encontré, eso que vi en mis padres y que tanto admiraba, el amor verdadero, lo hallé cuando ya casi no albergaba esperanzas.

Tampoco busco un buen trabajo tampoco, sencillamente busco trabajo. En diversas entrevistas te preguntan que le pides a una empresa, obviamente no puedes expresar tus sentimientos. Pero no te faltan ganas de decir que les pedirías que al menos no te vayan a echar en al menos un año, deseo poder experimentar de nuevo la permanencia en la misma empresa un año.

Si el entrevistador me preguntara en lugar de lo que espero de una empresa, ¿qué consideraría un buen trabajo?, entonces tendría que decirle que no creo que ni los trabajos, ni las empresas, ni los clientes sean lo importante, sino las personas con las que te relacionas, es deseable que se sientan seguras de sí mismas y no te consideren una amenaza para ellos.

Hace pocos años pregunté a una jefa de recursos humanos que cuántas entrevistas eran necesarias para llegar cubrir el puesto al que optaba, llevaba cinco y me iba pareciendo algo excesivo, me contestó que todas las necesarias para asegurar la calidad de satisfacción del cliente.

Yo le respondí que si además de satisfacer al cliente cabría la posibilidad de tener en cuenta la situación del candidato, pues encontrándome trabajando se me acababan las excusas para ausentarse. No hubo respuesta.

¡Ay que ver las reflexiones que se planteaba este hombre con tan solo un año de edad! pensarán ustedes, entonces no tenía problemas para ser aceptado por la sociedad, todos me miraban embobados y me hablaban como si fuera estúpido, a pesar de ello, era un bebé muy feliz.

Vivimos en una sociedad en la que se da tanta importancia a lo superficial, a la imagen, a lo que los demás puedan decir de nosotros, se hace de la inseguridad un estilo de vida, es tan fácil pensar que la inseguridad es cosa de los demás y creerse poderosos construyendo castillos en el aire, es tan fácil sentirse importante fijando nuestros pilares en lo banal.

La seguridad de una persona jamás la encontraremos en nuestro entorno, ni en una posición social o en la potencia del vehículo que conducimos, tampoco en la cantidad de amigos que acumulamos, ni en la posibilidad que tengamos de ejercer nuestro poder sobre quien nos rodea.

Tampoco estaremos más seguros por lo bien que hagamos la pelota a nuestro jefe, ni por nuestros títulos, masters, certificados, medallas, ni demás vainas que acumulamos, no señores, la seguridad única y exclusivamente se encuentra en uno mismo, si crees en ti mismo, vivirás y dejarás vivir en paz a los demás, he dicho.

Tal vez el afán de encontrar seguridad sea una enfermedad más fácil de curar de lo que pudiéramos imaginar. ¿Qué tal si dejamos de buscarla?

Si en lugar de pasarnos la vida entregados a encontrar una estabilidad prácticamente inalcanzable y simplemente disfrutamos de lo bueno que se nos ofrece, entonces hallaremos felicidad, date el gustazo de tomarte unas cañas con quien te apetezca y aparca los problemas de lado, verás como en el retrato de tu vida comienzan a aparecer colores más cálidos y vivos.

Primer manjar

Tuve que soportar, como cualquier bebé, las dietas a base de leche, purés y potitos hasta conseguir degustar mi primer manjar, el jamón serrano. El que mejor me preparaba el jamón serrano con pan cortado en trocitos pequeños era sin duda mi abuelo Tomás.

¡Qué gran persona fue mi abuelo!, tras haber soportado estoicamente a sus cinco primeros nietos, se portó con el sexto de sus nietos como si fuera un padre. Siendo un bebé se percibe con mayor detalle lo que te rodea, no tardé demasiado en darme cuenta de lo gran persona que era mi abuelo Tomás, el mejor amigo que tuve durante mi infancia.

Cuando se tiene apenas un año se abre un mundo de nuevas sensaciones, descubres el sabor de tu primer manjar, algo que te gusta mucho y que es diferente a lo que habías probado hasta entonces, al probar mi primer trocito de jamón serrano advertí que, tras este primer bocado, seguramente me quedarían muchos nuevos placeres por descubrir a lo largo de mi vida.

De todos los placeres que he podido experimentar en toda mi vida, el que creí sería el mayor de los placeres, aquel del que todo el mundo me hablaba con especial entusiasmo, al probarlo me desilusionó enormemente, nada tenía que ver con lo que sospechaba, estaba a años luz de la sensación que percibí al probar mi primer bocado de jamón serrano.

Una de las preguntas más comunes que me han formulado en las entrevistas de trabajo que he realizado recientemente es, ¿crees que con un currículum tan extenso te queda algún aspecto en el que puedas mejorar, y por otro lado, consideras que hay algo que aún te quede por aprender?

La respuesta, como viene siendo lo habitual, no suele gustar al entrevistador pero le dije lo que pienso, respondo que sí, puedo mejorar absolutamente en todos mis aspectos. Esta respuesta a veces puede llegar a irritar al entrevistador, entonces protesta, ¡vamos a ver!, ¿en algo destacarás?, ¿algo habrá en ti inmejorable?, pero oye que si no quieres no me respondas, ¿eh?

Le respondo en esta ocasión que no, soy mejorable en todo, incluso me atrevería a decir, aquel que afirme que ya no tiene nada por lo que mejorar, tal vez sea un pobre infeliz que se niega a aprender y a desarrollarse.

El entrevistador entonces empieza a enojecer de ira y en su ansia de aprobación, como último intento antes de invitarme a irme por donde he venido, argumenta, ¿no me negarás que con ese currículum y tu experiencia, pues sin duda que posees muy amplios conocimientos, al menos en alguna materia habrás llegado a la cima de tus conocimientos?

¡No!, tras esta última negativa al entrevistador le comienzan a temblar las manos, incluso llego a asustarme por la reacción que ha provocado en él mi total desacuerdo. Es entonces cuando me dispongo a argumentarle mi respuesta, empiezo a temer por su salud y lo último que desearía en ese momento es que pudiera ser víctima de un colapso.

Afirmar que se domina cualquier materia es saludable, si usted me pregunta que si domino determinadas materias, le responderé que así es. Pero de ahí a afirmar que he llegado a la perfección en una materia hay una enorme diferencia, no puedo afirmar tal cosa porque le estaría mintiendo.

Tal vez si usted comenzara a tocar un instrumento, por ejemplo, la guitarra, comprendería que el aprendizaje de dicho instrumento no tiene fin, siempre hay algo nuevo que aprender, ¿por qué no se anima a aprenderlo?

Mi invitación al entrevistador a que se animase a disfrutar aprendiendo a tocar un instrumento y tal vez así un día conseguir que sonara bien, parece la respuesta que estaba esperando para darme la típica palmadita en la espalda e invitarme a tomar el mismo camino por el que había venido, el de la calle, eso sí, sin perder en ningún momento la compostura y el buen talante.

Casi sin advertirlo he nombrado uno de mis placeres preferidos, la música, ¡puede disfrutarse de la música en tantos ámbitos!, se puede escuchar, interpretar, estudiar o enseñar. En cualquier situación en la que nos encontremos y en cualquier lugar en que la música esté presente, gozaremos de ella, es la amiga y gran compañera que jamás de abandonará.

Yo quiero decirle a todos los entrevistadores del mundo, incluyendo a aquellos que pueda encontrarme en el futuro, que no hay necesidad de ser tan radicales, ¡hombre!

Debemos aprender a respetar que haya personas que puedan tener opiniones diferentes a las nuestras, ni ellos, ni yo, ni nadie estaremos en posesión de la verdad absoluta, es precisamente la diversidad lo que enriquece.

Si empleáramos menos tiempo en tratar de convencer al resto de la sociedad de que piense como nosotros y más tiempo en aprender de los demás, en escuchar, en descubrir nuevas sensaciones y en desnudar de etiquetas al prójimo, seríamos mucho más útiles de lo que somos en la actualidad.

La historia nos ha regalado grandes descubridores e inventores, personas que no se conformaban con lo que habían aprendido, querían saber más y en su afán de descubrir, lo lograron.

No invento nada si digo que el verdadero desarrollo, el aprendizaje mejor aprovechado es aquel que se hace con gusto, cuyo fin es el propio disfrute, con nuestra propia satisfacción podremos sentirnos realizados.

¡Qué poco aprendí en mis ocho años de colegio en los salesianos, con aquel lema de, la letra con sangre entra! No cabe duda que por obligación se aprende, pero tampoco albergo la menor duda de que si se disfruta del aprendizaje, el resultado va a ser bastante más efectivo y duradero.

En mi empeño por sacar algo positivo de aquellos años de colegio, observé cómo sería la sociedad que me tocaría vivir en un futuro, observé el comportamiento de aquellos compañeros de colegio que sería exactamente igual al que años más tarde tendrían mis compañeros de trabajo.

En el colegio era tal el empeño de algunos niños por imitar a sus mayores que a veces incluso se podía llegar a hablar como ellos. Algunos llegaban a tal perfección imitándolos que si por un momento cerrabas los ojos, creías estar ante una persona mayor.

Llevo grabada una imagen de dos niños “mayores”, niños que hablaban como sus padres y resultaba gracioso escucharles, parecían dos señores a los que un mago malintencionado los había transformado en niños a un toque de su barita mágica.

Me dirigía andando del colegio a mi casa cuando oí un tumulto a la puerta de unas cuevas que había de camino, por ellas solo cabíamos los niños más delgados y con una cabeza proporcionada a nuestro cuerpo, ya que su entrada era muy estrecha y pequeña. Cuando me acerqué a ver qué ocurría, pude reconocer a los dos niños “mayores” discutiendo con otros dos niños.

Niños “mayores”: ¡Al cuartelillo, ahora mismo al cuartelillo!

Otros niños: ¡Ahí va! ¿Pero que dicen estos pringaos?

Niños “mayores”: ¡Andando!, la benemérita os va a enderezar.

Otros niños: ¿Les doy yo o les das tú primero?

Todos los niños: Zas! ¡Pam! ¡Pum! ¡Crash! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

La disputa se produjo cuando los niños “mayores” se metieron en la cueva a husmear y estando dentro, a uno de ellos le desapareció su reloj digital con calculadora. En aquella época en la que aún no existían ordenadores personales, tener un reloj digital era el último grito.

De poco sirvió tanto aprendizaje por obligación, donde la palabra de Dios más escuchada era, ¡estudia!, algunos de aquellos libros que estudié obligado, los pude leer más años más tarde por voluntad propia, entonces disfruté de una lectura que años antes me parecía muy aburrida.

Imagino que tal vez si mi abuelo me hubiera obligado a comer jamón serrano, lo hubiera odiado. Busquen el mayor de los placeres de este mundo y obliguen a alguien a tomarlo, a buen seguro que no lo disfrutarán o si les gusta, les hubiera gustado mucho más si lo hubieran elegido libremente.

Era un bebé feliz con los ojos muy abiertos, observaba y absorbía todo lo que pasaba por delante de mí, tenía muchas ganas de aprenderlo todo, la curiosidad me embriagaba y me hacía sentir interés por casi todo.

Fueron muchos los años en los que mi abuelo siguió preparándome el mejor jamón serrano con pan cortado en trocitos del mundo, años en los que pude disfrutar de una gran amistad.

He podido disfrutar de muchos placeres a lo largo de mi vida, pero no hay duda que los mejores fueron los que elegí por iniciativa propia. Actualmente disfruto del placer de escribir, otras veces me enfrasco en la lectura o me paso el rato escribiendo, estudiando o escuchando música.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Son estas actividades y otras como el baile con las que más disfruto desarrollándome aprendiendo. Profundizo en el aprendizaje sin apenas esfuerzo porque lo hago por amor al arte, me encanta aprender.

Mi deporte preferido es la natación, puedo pasarme horas nadando, eso sí, muy despacio y tranquilamente, disfrutando de la relajación que me produce el contacto con el agua y el masaje de las olas que se van formando con el movimiento del cuerpo, tratando de que la próxima brazada ofrezca menor resistencia hidrodinámica que la anterior.

Estar en constante crecimiento hace que la vida sea más divertida, teniendo la certeza de que si mañana tenemos suerte de despertar aprenderemos algo nuevo, tendremos la posibilidad de disfrutar de un nuevo placer y seremos algo diferentes a lo que fuimos el día anterior.

Desearía que todos mis futuros entrevistadores leyeran mi libro para conocerme algo mejor, cuando digo que me resulta difícil definir mi personalidad o mi forma de ser, mi carácter, no es por fastidiar o no querer responder a la pregunta, sino porque soy alguien en constante cambio, continuo creciendo aunque mis células del crecimiento ya se detuvieron.

Otro de los motivos por los que no me defino o etiqueto, es porque nunca me gustaron las etiquetas, que me pongan un “tú eres”, de cualquier modo, si en ciertos momentos pudiera llegar a definirme, considero que es algo muy personal con derecho a guardar en mi baúl de mis intimidades.

Desde que probé aquel jamón serrano cortadito y mezclado con trocitos de pan con tan solo un año de edad, han sido muchos los manjares exquisitos que he probado y mientras Dios quiera, continuaré probando.

Los que gustamos del buen yantar, podemos encontrar en la dieta mediterránea, a la que por fortuna pertenezco, gran variedad de alimentos sanos y digestivos que exciten nuestras papilas gustativas.

Hay diferentes escuelas para ejercer el placer, unas se rigen por los excesos, como las llevadas a la práctica por nuestros ancestros romanos, yo sin embargo soy partidario de la escuela de los sibaritas.

El origen del nombre de esta escuela viene de la ciudad de Sibari, ya me hubiera gustado a mi haber vivido en aquella época, me hubiera convertido rápidamente en hijo predilecto de la villa.

Como parece que, según el contexto, se da un significado diferente al hecho de ser sibarita, voy a contextualizar a lo que me refiero cuando me denomino sibarita, me gusta el placer de degustar ciertos platos exquisitos en su justa medida, prefiero un plato pequeño de un buen arroz a banda a una bandeja repleta de spaghetti carbonara, aunque también me gusten.

Uno de mis placeres preferidos es el que me voy a permitir con el permiso del respetable, dormir, descansar con la sensación de habérmelo ganado, si éste puede ser acompañado de dulces sueños, pues bienvenidos sean.

Potitos

Después de los biberones de leche, comencé a tomar potitos y purés. Era mejor este tipo de alimento que lo que había probado hasta entonces, aunque imaginaba que aún me faltarían unos meses para probar mi primer manjar exquisito, seguro que sospecharán ustedes de qué se trata.

El hecho de ser el menor de mi familia viendo cómo todos podían comer de todo, caminar de aquí para allá sin ayuda y alcanzar a todas partes, me causaba mucha envidia, tal vez por ello alguna que otra vez me soltaba a andar detrás de alguno de mis hermanos mayores creyendo que yo también podría hacerlo, pero aún era pronto y me daba de bruces contra el suelo.

Uno de mis retos más importantes era lograr autonomía de movimientos, poder ir de aquí para allá como veía que hacían mis hermanos y de este modo poder alcanzar todo objeto que se me antojara coger y que por el momento tenía fuera de mi alcance.

No tardé pues mucho en conseguir mi meta, por fin pude caminar y alcanzar a aquellos sitios a los que antes no podía llegar.

Pude entonces observar algo horrible, era la portada de un disco single que tenía mi hermana, en su portada se veía la cara de una mujer de melena muy larga y embarullada, lo más horroroso que jamás había visto.

Lancé la imagen demoniaca por los aires y salí corriendo. Probablemente se trataba de un disco de alguna cantante famosa de la época, pero me impresionó tanto que me produjo un trauma, soné en repetidas ocasiones con una bruja de similar aspecto, ¡qué increíble es el poder de la mente!, me sorprende que tras haber pasado tantos años, ahora les pueda relatar aquel sueño tal y como lo experimenté, lo recuerdo con bastante exactitud.

Bien es sabido que en los sueños se transforma la realidad a gusto del consumidor, en este sueño no solo era capaz de andar como estaba comenzando a aprender, sino que además tenía la capacidad de volar y absolutamente nada se podía escapar a mi alcance.

La manera de volar que recuerdo en mi sueño era similar a la del movimiento que se realiza buceando, podía avanzar con las manos braceando, el estado de ingravidez era tal que me hallaba volando tranquilamente a lo largo de un pasillo cuto final no alcanzaba mi vista.

Tenía a mi alcance todo lo que se me antojaba, si quería subir al techo del pasillo no tenía más que dar tres o cuatro brazadas y ya estaba en el techo, disfrutaba con tranquilidad de mis vuelos por el pasillo cuando de repente oí tras de mí una carcajada aterradoras, ¡que visión más aterradoras!, era la bruja del single de mi hermana subida a una escoba.

Mi estado de pánico fue tal que comencé a bracear con todas mis fuerzas volando por el pasillo a una velocidad supersónica, llegué a perder casi de vista a la bruja y comencé a tranquilizarme un poco.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Comencé a volar algo más sosegado pensando en que la bruja ya no tenía ninguna posibilidad de atraparme. Volví a jugar por el pasillo interminable, el pasillo debía ser de un colegio, tenía unos diez metros de alto por diez de ancho.

En el lado izquierdo del pasillo había unas puertas grandes cada veinte metros, presumiblemente de unas aulas y en el lado derecho del pasillo unos ventanales grandes tras los que se podía contemplar un bello jardín.

Me había olvidado por completo del fatal encuentro con la bruja del single, cuando muy a lo lejos volví a oír su aterradora carcajada, aunque imaginaba que aún se encontraría lejos de mí, alcé el vuelo a lo largo del pasillo a velocidad de crucero.

Era evidente que la bruja iba mucho más rápido que yo, su carcajada cada vez se oía mejor y mis brazos ya comenzaban a resentirse del esfuerzo, al echar la vista atrás pude ver un puntito en la lejanía con una colita ondeando, deduje que sería la capa de la bruja.

Comencé a bracear con todas mis fuerzas y mi velocidad fue en aumento, pero el esfuerzo parecía inútil porque la bruja avanzaba cada vez más y más, sin duda su escoba estaba hechizada, era mucho más rápida que yo.

No perdía la esperanza de conseguir perderla de vista y me empleé a fondo para conseguir escapar. Sabía que con un poco más de esfuerzo y con mi subida de adrenalina, podría llegar a perder de vista aquella bruja endemoniada.

Me percaté de que el pasillo ya no tenía puertas ni ventanas, tan solo estaba iluminado por luces fluorescentes y de repente ocurrió algo terrible que me hizo estremecer.

¡Había llegado al final del pasillo!, me encontraba ante un muro de piedra, consciente entonces de que tan solo un milagro podría zafarme de la bruja, no me quedaba más que rezar y por la cara terrorífica de la bruja, debía elegir una oración rápida, en milésimas de segundo me decidí por:

“Jesucito de mi vida, eres niño como yo,
por eso te quiero tanto y te doy mi corazón”

Tras mi corta plegaria quedé inmovilizado contra el muro de piedra, la bruja se acercaba ahora más lentamente, sus carcajadas eran cada vez más ensordecedoras, ya podía oler su appestoso aliento a punto de mordermee.

Cuando reconocí de nuevo su cara parecía aún más horrible que la de la imagen del single, tenía cara de satisfacción por tener a su presa a su merced.

Cuando la bruja estaba a medio metro de mí y me iba a atrapar con sus garras de águila imperial, ocurrió el hecho más deseado para el que está en medio de una terrible pesadilla, me desperté del sueño quedando a salvo.

El sueño de la bruja del single de mi hermana me acompañó varios años de mi vida, tal vez sea este el motivo por el cual sea capaz de describirlo con tanta exactitud, como si se tratara de una película que has visto en repetidas ocasiones y sabes lo que va a ocurrir a cada momento exceptuando el final.

Mi sueño reflejaba dos sentimientos que me atormentaban, el primero era el deseo de lograr mi independencia de movimientos, tal era el deseo que no solo soñaba con correr como mis hermanos sino que además podía volar para así tener mayor alcance sobre las cosas que quería coger.

El segundo sentimiento era el terror que me producía la imagen de aquella cantante famosa, tal vez de country, pop o vaya usted a saber, el caso es que siempre odiaré a su despiadado maquillador.

Aquel disco pude verlo en mi casa muchos años, incluso siendo algo más mayor lo buscaba y al encontrarlo no me extrañaba en absoluto el terror que me producía cuando tan apenas era un bebé.

Como es lógico, de mayor ya no me asustaba la bruja del single, sino que más bien me reía de haber sentido miedo por ella. Entonces experimenté uno de mis primeros logros, vencer el miedo que tenía a la bruja del pasillo.

No soy un estudioso de la interpretación de los sueños, entre otras cosas, porque el hecho de saber lo que motivó que siendo niño soñara en repetidas ocasiones con la bruja del single no es que me quitara el sueño.

Más que buscar una teoría sobre que algún posible hecho traumático de mi niñez pudiera haber causado que transformase en mi mente a una cantante famosa en bruja, me inclinaría por otra teoría menos rebuscada.

Es más probable que quizá alguno de mis hermanos me contara un cuento para dormir sobre una bruja, o que tal vez viera una bruja por televisión y la pusiera en mi mente la cara de aquella cantante famosa.

Si a esto le unimos mi teoría de que tal vez los potitos me pudieran causar malas digestiones y por ello tuviera pesadillas, solo podía elegir de carne o pescado, igual que en el menú de los vuelos Madrid - Nueva York en los que te ofrecen: fish or meat, please? (carne o pescado, elija por favor).

Según me confesaron años más tarde mis hermanos mayores, ellos se comían a escondidas los potitos de frutas y me dejaban a mí los que a ellos no les gustaba, es decir, los de carne o pescado.

¡Ten hermanos para esto!, ahora que lo recuerdo, teniendo diecisiete años mi padre trajo unos potitos para un sobrino mío, me picó la curiosidad y probé uno de los de fruta, no era de extrañar que mis hermanos me los birlasen.

Tras probar los de frutas quise probar de nuevo el sabor de los potitos de carne y de pescado, en esta ocasión me parecieron deliciosos. Ciertamente podría sobrevivir en una isla desierta tranquilamente a base de potitos, a decir verdad no los compro porque están muy caros de precio.

3. Mi entorno

Gran familia

Venir de una familia numerosa tiene la ventaja de tener juega y el jaleo asegurados, vayas por donde vayas, siempre te vas a encontrar con alguno de tus hermanos haciendo una de las suyas y puedes convertirte en cómplice de su próxima barrabasada.

A lo largo de mi infancia me encontré con bastantes familias numerosas como la mía, estaban los Álvarez, los Calvin, los Herrera, los Leralta, los hermanos Rubio, etc. Nací a finales de los sesenta en pleno bum demográfico, yo estaba en el grupo de los más pequeños, éramos los benjamines de cada casa.

Coincidíamos en edad muchos de los miembros de aquellas familias numerosas, yo estaba dentro del grupo al que los mayores llamaban los enanos. Los miembros de los enanos, es decir, los de mi quinta, éramos Julito, Quique, María, Jacinto, Ricardo y Miguel.

No vayan a creer que son todo ventajas por el hecho de ser el menor de seis hermanos, casi nada de lo que poseías era completamente nuevo, si era de segunda mano ya podías considerarlo un lujo, porque normalmente todo solía ser de tercera o cuarta mano, incluso llegué a tener un libro sin tapas que se caía a trozos que no me extrañaría que fuera de sexta mano.

Pero salvo pequeños inconvenientes de escasa importancia, haber sido el sexto de una familia numerosa y en particular de la mía, me honraba, no puedo quejarme porque mi infancia fue bastante intensa, al menos puedo asegurar que fue de lo más divertida, lo pasé en grande.

Iré describiendo a cada uno de los miembros de mi familia, pero no quiero olvidarme de uno, aquel que siendo tan pequeñito podía con todos nosotros y nos llevaba a todas partes, para ir de paseo, de excursión o lo que es mejor, de vacaciones, era nuestro querido coche Seat 600.

Era de un color blanco perla y algo diferente a los modelos más comunes, tal vez por ser de los primeros que hubo, tenía los intermitentes encima de los faros en lugar de tenerlos en los lados como era más habitual en modelos posteriores.

En aquella época, para poder ser el privilegiado de optar a la compra de un artículo tan preciado como un coche, debías solicitarlo y esperar unos meses a que llegara la aprobación para poder efectuar la compra.

Aunque la mayoría de los miembros de mi familia éramos pequeños, parecía increíble que en un habitáculo tan pequeño pudiera haber sitio para tanta gente, seis hermanos, los padres y el abuelo. Corría el año setenta y uno y tenía dos años de edad, lo que más recuerdo de aquella época es que siempre estaba acompañado, así era imposible aburrirse.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Voy a hablaros de mi abuelo Tomás, el primero de mi familia que emprendió el viaje sin retorno, yo tenía apenas once años cuando se fue aquel que había sido mi compañero durante mis primeros años de vida, un señor mayor que tenía dos sombras, la suya y la de un niño con Chupachups que le seguía a todas partes.

Mi abuelo Tomás, padre de mi madre, nació en el siglo diecinueve en Vicálvaro. Era Gutiérrez por parte de su padre, natural de Pioz, provincia de Guadalajara, encargado de todas las tareas ferroviarias de la zona del sudeste madrileño. Su madre era Baldominos natural del Pozo de Guadalajara.

Fue mi primer maestro y amigo, por aquella época en la que los enanos como yo abundábamos y siendo la especialidad de mi padre pediatría, no le faltaba trabajo, sobre todo en la estación invernal en que la gripe sacudía con fuerza los hogares de Madrid.

Mi madre, tras unos años de excedencia, se reincorporó a su trabajo de maestra y todos mis hermanos ya habían comenzado el colegio, esto motivaba que con quien más tiempo pasara a diario fuera con mi abuelo Tomás.

El abuelo tuvo varios oficios a lo largo de su vida ya que comenzó a trabajar cuando tan solo era un niño. A comienzos de siglo, en España la mayoría de los niños tenían que trabajar para aportar su granito de arena al sustento familiar, era muy común ver a niños de once años trabajando duro.

Trabajó de dependiente en una bombonería, como chico de los recados en un hotel y más adelante pudo incorporarse en la unión eléctrica madrileña que le brindó la oportunidad de estudiar y conseguir un puesto de responsabilidad en la compañía.

Su servicio militar fue muy largo, estuvo cuatro años en la guerra de África realizando allí el servicio militar. Por suerte no estuvo en el frente, sino realizando tareas de oficina. Tenía una caligrafía magnífica, era tal su perfección trazando líneas que el resultado de sus escritos parecía haber salido de una imprenta.

Conoció a una chica del pueblo de Vallecas, mi abuela Paca, se casaron y aunque tardó en venir, tuvieron una única hija cuando ya no albergaban demasiadas esperanzas de tener hijos, un día otoñal nació mi madre.

El recuerdo que tengo de mi abuelo es muy grato, los primeros años que pasaron desde que él nos dejó fueron duros para mí, muy tristes, cada mañana despertaba con el deseo de haber sufrido una terrible pesadilla y que al despertar él estuviera allí.

Con el paso de los años, esa tristeza de tornó en alegría, recuerdos de los momentos tan buenos que pasé con ese amigo que tanto sabía y tanto me enseñó de la vida. Aprendí que cuando se pierde a alguien que quieres, ya no hay vuelta atrás y desde el día que se fue, vivo con la esperanza de volverle a ver un día, sospecho que triste para los que queden y alegre para mí.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

El abuelo Tomás, buen aficionado a los toros, tuvo que lidiar con seis nietos y lo hizo con mucho temple y destreza. No pasó más allá de la afición, pues aunque admiraba mucho el arte de los toreros, decía que le fallaba el izquierdo y prefirió ver los toros desde la barrera.

Era muy grande el respeto y admiración mutua que se tenían mi padre y mi abuelo, la relación suegro yerno era inmejorable, no recuerdo ni una sola vez en la que hubiera discusión alguna entre ellos, el día que mi abuelo se fue, mi padre perdió su segundo padre, aquel que había sustituido al primero que se fue cuando él apenas era un adolescente.

En mi abuelo siempre percibí tristeza y nostalgia por su gran ausencia, tenía la pena que le queda a todo aquel que pierde a quien más quiere, a la mujer que fue su compañera durante más de medio siglo, fue un verano del año ochenta cuando se reunió con ella, uno de mis peores veranos.

Las ocasiones que más disfrutaba de mi familia era cuando estábamos de vacaciones, salíamos de excursión o a comer fuera de casa. La imagen que recuerdo de mi padre en aquella época era la de un hombre que rondaba los cuarenta años, la misma edad que ahora tengo yo.

Su aspecto era diferente al mío, mi padre era más moreno que yo, también calvo pero menos que yo, tenía patillas de Curro Jiménez, en verano solía vestir de sport con pantalones de pinzas de colores claros, unos zapatos que me llamaban mucho la atención por ser transpirables, aunque nunca he tenido unos zapatos de este tipo sospecho que serán bastante cómodos.

Siempre llevaba camisa o polos, su aspecto siempre impecable, ya fuera en verano de sport o en invierno de traje. Me llamaba la atención sus enormes gafas de sol, tal vez no tan grandes como las del guitarrista de Peret o el cantante de los hermanos Amaya, pero de un estilo parecido, perduraba aún la moda de los años sesenta, una de las más atrevidas de todos los tiempos.

Tenía muchos lunares, como mi hermana Paloma, de todos ellos el que más llamaba la atención, aunque no sabría decir si era lunar o mancha en la piel, era el que tenía en su brazo derecho.

Cuando le vi por última vez con vida, recuerdo haber fijado mi mirada en aquel lunar tan característico y único. Gracias a la fe que él me inculcó y a mis convicciones, sé que me escucha y que algún día nos reencontraremos.

Mi madre es la jefa, una mujer de mucho carácter pero que ha sabido templarlo de modo que siempre ha sabido sacarle provecho, es muy extrovertida, éste rasgo debió ser herencia de mi abuela Paca, siendo muy común en ella entretenerse hablando con cualquier persona, bien la conozca o no, es un rasgo de ella que admiro mucho.

Si vas con mi madre paseando por la calle, no tengas prisa alguna por llegar a casa, pues va a parar numerosas veces para hablar con alguien. Hace escasos días, nos dio una muestra valor ante la adversidad en una habitación de hospital en la que estuvo ingresada.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Es increíble su fortaleza, cómo estando convaleciente fue capaz de transmitir ánimos y fuerzas a su prima que recientemente había perdido a su marido, mi tío Alejandro. Teniendo un corazón delicado, su fortaleza mental la ha hecho superar con enorme valentía la pérdida de mi padre, transformando sabiamente el dolor en esperanza.

Es mi madre sin duda la persona que más admiro, por su bondad, su carácter, no solo sus hijos hemos tenido la suerte de ser alumnos suyos, sino más de veinte generaciones de escolares la han admirado por saber dar su cariño y mostrar su interés por todos sin distinción alguna.

No puedo olvidar aquel día en el que me llevó a su clase del Pan Bendito, fui con miedo y sin embargo salí encantado de aquellas aulas en las que las gitanillas me dieron todo su afecto por el mero hecho de ser hijo de su querida maestra Mari Carmen.

Estos últimos años he podido ver madres o padres abandonados en habitaciones de hospital, hablando con ellos he tratado de comprender que podría hacerles diferentes a mis padres, no encontraba distinción alguna. Se trataba de unos padres trabajadores que se habían sacrificado por que sus hijos salieran adelante.

Puedo llegar a entender que si alguien ha tenido unos padres que no se han portado bien, pueda optar por el abandono, pero en caso contrario, si tus padres han luchado día a día por ti como hicieron los míos, considero que abandonarlos cuando se hacen mayores es la peor de las traiciones que un ser humano pueda llevar a cabo.

De bien nacido es ser agradecido, si tus padres fueron de los que trabajaron duro para sacarte adelante, la peor puñalada que les puedes dar es el abandono, ¿qué clase de hijo puede hacer eso?, canallas que irónicamente creen que ellos nunca van a ser abandonados.

He tenido una gran suerte de tener estos padres, nada que pudieran ofrecerme igualaría la inmersa fortuna que encierra el amor de unos padres por sus hijos. Unos padres que fueron justos y no hicieron diferencia alguna entre cada uno de sus hijos, todos recibimos la misma educación, el mismo afecto y el mismo cariño.

Mis hermanos son Javi, Paloma, Fernando, Santi y Carmen. Javi es que quinto de los hermanos, el más cercano a mí. Nuestras peleas eran el pan nuestro de cada día, al igual que ocurría entre Fernando y Santi. Paloma y Carmen fueron las únicas que no peleaban con ninguno de nosotros.

Algo que nos caracteriza a todos los hermanos y por lo que cualquiera podría adivinar que somos hermanos, es la forma de gesticular y hablar. Hay determinados gestos que son innatos, no son aprendidos, vienen de fábrica con nuestros genes.

En la forma de expresarnos también guardamos cierto parecido, las voces de algunos de nosotros son casi imposibles de diferenciar.

En muchas ocasiones he tenido que convencer al que estaba al otro lado del teléfono de que yo no era mi hermano Fernando, incluso se trataba de mi hermano tomándoles el pelo. También en diversos lugares me han reconocido como hermano de Fernando sin tan siquiera conocerme, tan solo observando los gestos y la voz.

Si hablamos del parecido físico, no lo hay, alguien puede aventurarse a decir que si uno se parece a mi madre, o que si otro se parece a mi padre, pero ¿entre nosotros?, no he oído decir a nadie que haya parecido alguno, tal vez coincidimos en algunos valores, aunque cada uno tiene su propio sello de identidad.

En cuanto a las medidas, la estatura, la constitución física si podríamos encontrar cierto parecido, pero no en los rasgos faciales. LA mayoría tiene ojos verdes, color de ojos de mis padres, uno los tiene azules, otra grises azulados y dos somos los que tenemos los ojos marrones.

En el carácter somos diferentes aunque todos poseemos el don de la imaginación. Cualquiera de nosotros pudiera haber sido artista o bohemio, no me extrañaría que entre nuestros antepasados pudiera haber algún músico, actor o escritor.

Si fuera de familia inglesa, no dudaría en afirmar que por mi sangre corre tinta shakesperiana, cuando he podido leer cualquiera de sus obras, he podido imaginar a cualquiera de mis hermanos o incluso a mí mismo como el autor de tan ocurentes fábulas.

Aquel que lea esta biografía puede intuir que mi vocación nunca fue la informática y no se equivoca. Es una de las preguntas incómodas que suelen hacerme en las entrevistas, ¿por qué eres informático?, a lo que me cuesta no responder, ¿dónde he de firmar para poder ganarme la vida de otro modo, tal vez como escritor, actor, músico o bibliotecario?

Puedo contar con los dedos de una mano y me sobran dedos, las obras de arte que han nacido de mi ingenio, sin embargo tal vez sean miles los programas de ordenador que he creado, eso sí, previo anexo de contrato en el que cual he de ceder los derechos de mis creaciones a una empresa.

Si cobrara derechos de autor por todos los programas que he realizado, muy probablemente podría jubilarme hoy mismo, entonces podría dedicarme a escribir libros, ¿con qué motivación?, por gusto o por amor al arte.

No crean que me estoy marcando un farol, les propongo un reto, si son ustedes clientes de la compañía de telefonía móvil más importante del país, tomen en sus manos la caja que les entregaron cuando se dieron de alta.

En dicha caja podrán encontrar una etiqueta que puede ser de color verde, amarillo o tal vez blanco, dicha etiqueta porta su número de teléfono, un número de Imei (identificador de terminal) y un código de barras. Si pasan este código de barras por un lector, podrán ver su número de teléfono y se preguntarán ustedes, ¿cómo sabrá tanto al respecto?

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

Porque fui el creador del programa que imprimía estas etiquetas, el programa que yo creé ha escrito su etiqueta y la de millones de clientes, aunque a decir verdad, disfruto mucho más escribiendo este libro que creando programas para empresas, que tan ingratas fueron conmigo.

Ninguno de mis hermanos ha salido artista, Javier es informático como yo, Paloma administrativa, Fernando funcionario, Santi arquitecto y Carmen maestra. A todos nos ha tocado a la puerta la musa y todos hemos tocado las artes de algún modo u otro, aunque a día de hoy ninguno profesionalmente.

El arte en nuestra sociedad sigue estando mal considerado, he hecho hay una expresión que dice, ¿ese de qué vive?, ese es un cara, vive del arte. Craso error si se cree que quien vive del arte es un vago o apenas trabaja.

Lo que no se puede dudar es que quien tiene vocación en su trabajo, es un buen profesional y su esfuerzo le resulta gratificante. En ciertos trabajos como la medicina o la enfermería es casi indispensable tener vocación.

La profesión en la que mayor diferencia he encontrado entre quien la realiza por vocación y quien no, es en la enfermería. En el hospital clínico de Madrid me encontré un claro ejemplo de profesional eficaz y eficiente y otro ejemplo de ineficiente e incompetente.

Creo que mis hermanos han heredado los valores de mis padres y eso les hace ser tan especiales. Un valor añadido que nos han inculcado es la solidaridad, somos un ejemplo a seguir por las comunidades autónomas que conforman mi país, somos independientes pero a la par unidos y si alguno necesita ayuda, sabe que puede contar con el resto.

También hemos heredado la fe que nos enseñaron mis padres, adaptada a la forma de pensar de cada uno de nosotros, pero con un mismo fondo. Resumiendo un poco esta creencia, se basa en vivir sin causar perjuicio alguno a las personas que nos rodean, defendiendo lo nuestro, no permitiendo que nadie nos cause daño alguno.

La creencia en un lugar, llámese cielo, paraíso o edén, da igual, un espacio ajeno a este mundo en el cual nos iremos reencontrando según nos llegue el momento de partir, así, con esta forma de pensar, aunque la pérdida de cualquiera de nosotros nos causará un dolor y una tristeza lógica y normal, también comprenderemos que aquel que marcha se encontrará con aquellos que ya lo hicieron antes, con esos que partieron antes y que también se sintieron tristes el día que a ellos les dejó un familiar.

Aunque mis padres fueron de creencia católica, saben que el cielo no entiende de religiones, que en él hay sitio para todos. Yo comparto su teoría, incluso voy más allá, soy de la creencia de que nuestra vida forma parte de una transición en nuestra existencia, como lo es de niño a adulto.

Cuando con aire astuto acudíamos a preguntarles si es que no había cielo para los negros, no tardaban en responder que el cielo es de todos. Ahora nuestra gran familia está dividida, pero sabemos que nos volveremos a ver.

Pitipeque

A mediados del año setenta y uno, campaba a mis anchas por toda la casa, tenía acceso a todos los lugares y el hecho de no ir aún al colegio me convertía en el rey de la casa, todos los juguetes y muñecos de la casa eran míos, aunque solo fuera por unas horas.

Hace unos días, recordando momentos del pasado con mi hermana Paloma, me trajo a la memoria un amigo que me eché cuando era niño, un muñeco pelirrojo que le perteneció a ella.

No sé cómo ocurrió, imagino que yo le caí mejor que a su dueña, el caso es que me seguía a todas partes, eso sí, siempre arrastras.

El Pitipeque era un muñeco muy gracioso, tenía el pelo rojo, sus cejas estaban pintadas a su frente, de pestañas puntiagudas, nariz chata y ojos azules. Podría pasar horas describiéndole, pero no hay nada hay mejor que una imagen para que se hagan una idea, mi amigo era tal que así:



Tras mucho ir de aquí para allá por toda la casa y participar con su amigo Miguel en mil y una aventuras, se quedó calvo y perdió parte de su ropa o casi toda, creo recordar que sus pestañas estaban algo menos tiesas y además se le cayó el único diente que tenía.

Son los riesgos que ha de correr un muñeco que decide ser el amigo inseparable de un niño de dos años, ha de saber que algún cambio seguro que va a experimentar, la aventura es la aventura.

El Pitipeque me brindó la oportunidad de demostrar que ya era mayor y sabía cuidar de los pequeños, era como un hermano pequeño al que tenía que enseñar todo lo que yo había aprendido, fue mi amigo durante mucho tiempo y ahora que tengo la oportunidad de ver de nuevo su imagen, me inspira un sentimiento de ternura, cuidarle fue mi primera responsabilidad y aunque perdió parte de su integridad, percibía que era feliz conmigo.

Hubo dos motivos de burla de mis hermanos mayores durante mi niñez, uno era que siendo un niño, en lugar de jugar a las guerras con los Madelman, me pasaba el día jugando con un muñeco, mi amigo el Pitipeque.

Miguel Ángel Sáez Gutiérrez / Zori

El otro motivo de burla de mis hermanos mayores, fue cuando con solo ocho años tuve mi primer amor, Maite, tal vez se burlaban de sí mismos por no haberse atrevido a correr ese riesgo, el caso es que a pesar de las burlas, disfruté como un enano con esas dos experiencias.

No creo en absoluto que el hecho de que un niño juegue con un muñeco, o si le apetece, porque no con una muñeca, sea perjudicial, más bien creo que es beneficioso.

El Pitipeque fue mi primer y único amigo inorgánico, parece extraño que alguien pueda tener como mejor amigo un muñeco, un objeto que puede parecer insignificante y que sin embargo puede hacer tan feliz.

Mi mujer tiene en la cabecera de la cama una muñeca que le regalaron unos amigos, la bautizamos Marguita, en honor a su dueña y lo cierto es, que cuando se mira a la cama y se la ve ahí sentada tan chulita ella, da la impresión de que fuera real.

Recientemente hospitalizaron a mi madre y yendo de camino hacia el hospital, en Príncipe Pío, Marga vio una muñeca en la que se leía el nombre de mi madre, Carmen. Se la llevamos y le llenó de felicidad, nos dijo que había sido uno de los mejores regalos que le habían hecho en mucho tiempo.

A veces pasamos por la vida sin darnos cuenta de esos pequeños detalles que pueden causar que alguien sea feliz, un simple gesto de amabilidad hacia una persona mayor, como cederle el asiento, aunque no lo acepte, pero seguramente les agrade que al menos alguien les tiene en cuenta.

Algo está pasando en la ciudad de Madrid, muchas personas leen en el metro camino del trabajo, si eres uno de ellos, reflexiona. Tal vez eres tú quien entraste por la puerta y te lanzaste como una flecha para tomar asiento por el simple hecho de que ansias tu comodidad para leer tu revista o novela.

¿Qué nos está pasando, cuando preferimos ver a un anciano caerse al suelo que levantar nuestro culo del asiento para cederle el sitio? ¿Dónde aparcamos esos valores, como son el respeto y la educación o el civismo?

¿Acaso pensamos que esto no va a explotar?, es la pescadilla que se muerde la cola, si nosotros somos unos maleducados, no cedemos el sitio al que lo necesita, nos tiramos de cabeza para tomar asiento los primeros, no dejamos salir antes de entrar, ¿para qué?, ¿para que venga otro espabilado y nos quite el sitio?

Creemos que somos inmortales, que nunca llegaremos a ser mayores y menos ancianos, que nunca llegaremos a suplicar que un joven tenga un mínimo de humildad para cedernos el sitio cuando nuestras piernas flaquean.

Si ni tan siquiera nos lo planteamos, es que simplemente nos da igual el resto del mundo, lo único que nos importa es que nosotros vayamos bien cómodos y a gusto, los demás que se busquen la vida.

¡Qué equivocación!, si no os morís antes, llegareis a ser ancianos y cuando lo seáis, los jóvenes que os acompañen en el metro no solo no os cederán el sitio, sino que os patearán hasta sacaros las tripas por la boca, entonces os preguntareis por qué, fácil respuesta, porque aquel que siembra, recoge.

Si eres un lector del metro, por favor, recapacita y muestra tu ejemplo a tus compañeros de trabajo, cuando te vean tal vez te imiten, porque eres inusual, piensa que si no respetas al resto de las personas que te rodean, es porque tal vez no sientas respeto ni siquiera por tí mismo.

Podríamos incluso llegar a temer que algún conocido nos vea permanecer sentados mientras un anciano suplica que le cedan el sitio, tal vez nos da vergüenza que nos puedan llamar maleducados, ¿que mas da el motivo?, lo que importa es que el señor mayor que lo necesita, pueda sentarse.

Pero aún hay más, de acuerdo que habéis hecho la obra del día, pero, ¿al llegar al trabajo ejercéis abuso de poder contra vuestros subordinados?, ¿sometéis al que está en desventaja a acoso laboral?, ¿tal vez te has creído que eres mejor que cualquiera de tus compañeros?

¿Os habéis leído “quién se ha llevado mi quesito” y “cómo dejar de fumar sin esfuerzo” y “cómo ser el más popular de la clase”?, claro, no es de extrañar que tras estas lecturas os creáis mejores que nadie.

Todo gira alrededor del mismo problema, no respetamos a quien está en situación de inferioridad, no queda lugar a dudas del motivo que origina nuestro comportamiento y el origen del problema que nos hace ser irrespetuosos es que ni siquiera nos respetamos, carecemos de amor propio.

Prestad atención, siempre que creamos tener más derechos que los demás, como pueda ser el ejemplo de no esperar a que salgan todos los pasajeros que lo deseen de un vagón de metro entrando a toda prisa para tirarnos en el primer sitio libre que veamos, no son más que muestras de inseguridad, la sociedad nos dice que la seguridad está en el triunfo.

Si estuviera un poquito seguro de mi mismo no tendría la necesidad de demostrar a nadie que soy el más veloz en tomar asiento, no creería que el simple hecho de haberme sentado antes que los demás me convierta en más inteligente que el resto.

El respeto y la educación que tengamos hacia el resto de las personas, depende directamente del respeto o valor que demos a nuestra propia persona, de la idea que tengamos sobre nosotros.

Si nos sentimos seguros de nosotros mismos, no se nos pasará por la cabeza la idea de faltar el respeto al prójimo, porque sabremos que ello sería sintoma de inmadurez.

Tendemos a confundir independencia con egoísmo, nadie nos está faltando al respeto por no pensar como nosotros, ni siquiera por tener ideas opuestas, es quien lo cree así precisamente quien no respeta a los demás y es egoísta.

Puede llegar a ser muy peligroso seguir por el camino de la inmadurez, ya que podemos llegarnos a creer que nuestra manera de actuar es la natural, no aceptaremos a todo aquel que se salga de nuestros cánones y llegaremos a considerarle un miserable.

Podemos pensar que insultar o menospreciar a determinadas personas es lo correcto, no sea que vayan a considerarnos inferiores por no hacerlo, esto nos proporciona una falsa seguridad en nosotros mismos.

¿Cómo distinguir la falsa seguridad de la verdadera? El que tiene la necesidad de demostrar lo seguro que se siente de sí mismo y para ello no duda en menospreciar a todo aquel que considere oportuno y de alagar a quien crea conveniente, vive en un mundo irreal, un edificio sin vigas que tarde o temprano se derrumbará.

El que se siente seguro de sí mismo, es el primero que no duda en ceder el sitio a una anciana o a una mujer embarazada, pero no lo hace por lo que puedan pensar o en busca del aplauso o halago, simplemente lo hace porque sabe que esa persona precisa del asiento más que él.

Un pequeño detalle, tan simple como prestar ayuda de modo desinteresado, no cuesta ningún trabajo hacerlo porque con el día a día se torna en algo cotidiano y normal.

No es que con esto nos ganemos el cielo, el jubileo, ni que por ello nos vaya a tocar la lotería, pero tal vez ganemos algo más valioso que el dinero, confianza en nosotros mismos.

El hecho de mostrar nuestros sentimientos nos ha podido resultar costoso en algún momento de nuestra vida, el miedo al ridículo, a poder ser objeto de burla de la gente.

Podemos llegar a ser tan absurdos que preferimos no correr el riesgo, ¡antes muerto que sencillol!, ¿qué van a pensar de mí los muchachos del bar si me ven dar la vuelta a la esquina con un ramo de flores en la mano?

Nos aterroriza ser descubiertos por los muchachotes, tu familia te enseñó que a tu mujer jamás debes golpearla ni tan siquiera con una flor, pero pensar que puedan descubrir que eres una persona sensible te incomoda.

Si aún no le has comprado a tu mujer, madre, novia, marido, padre o suegra una muñeca, tal vez ese simple gesto, un detalle que demuestre sin miedo que amas a esa persona, es quizá lo que tanto echa en falta aquel al que amas, que percibes como día a día se va alejando un poco más de ti.

Pero no olvidés que aquel que regale un amigo como el Pitipeque no lo debe hacer esperando algo a cambio, simplemente, pretendiendo que a la persona a la que se le hace el regalo se le proporcione felicidad.

¡Vamos, animáte!, cómprale ahora que llegan las fiestas un muñeco, si no es un Pitipeque, que sea un Gusiluz o una muñeca Pepona, ¿qué más da?